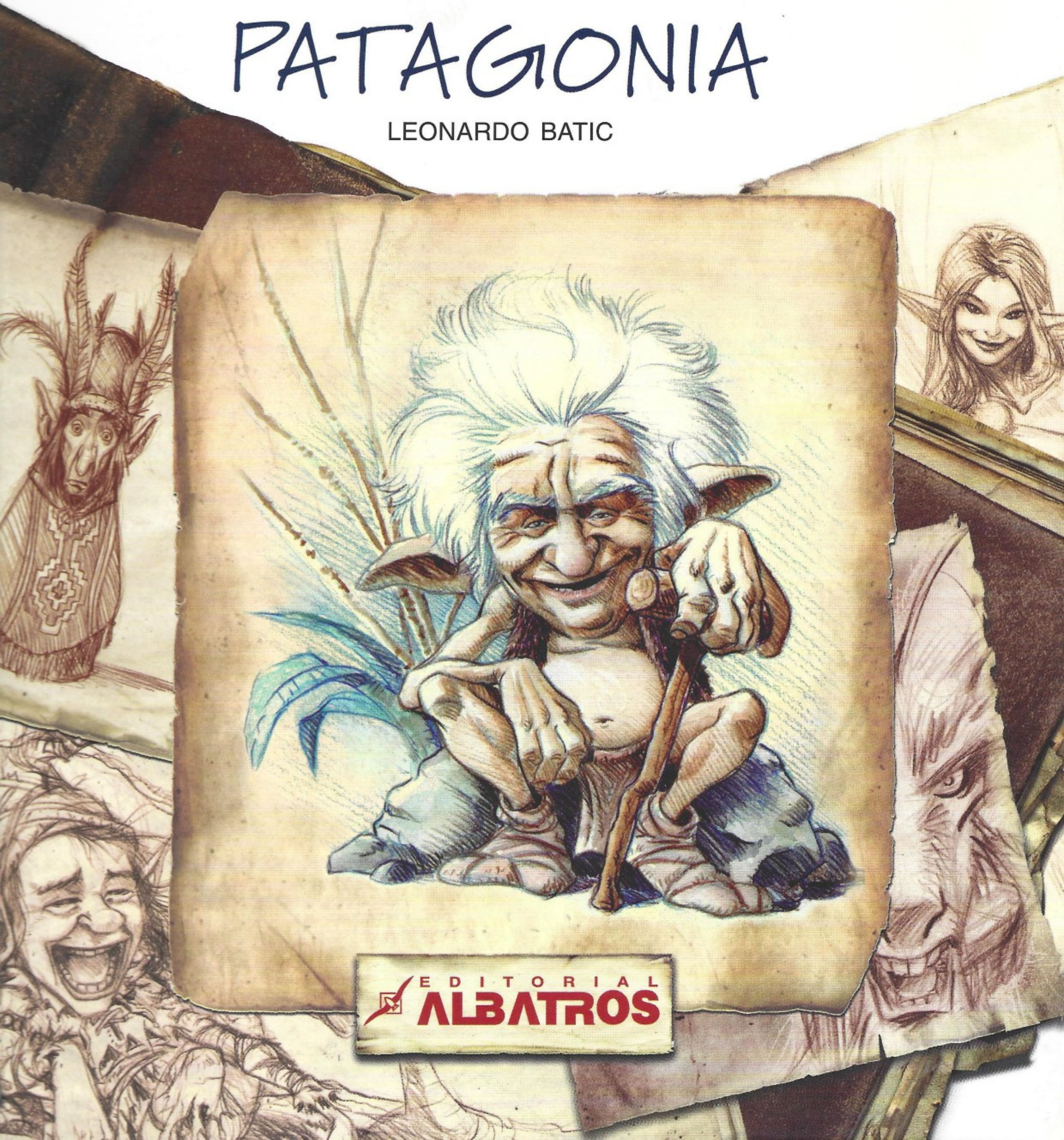
SERES MITOLÓGICOS ARGENTINOS

Diario 1
PATAGONIA

LEONARDO BATIC



EDITORIAL ALBATROS

Batic, Leonardo
Seres mitológicos argentinos: diario primero: patagona. - 1ª. ed.
Buenos Aires: Albatros, 2004.
128 p. ; 21x26 cm. – (Seres mitológicos)

ISBN 950-24-1066-1

1. Literatura Folklórica Argentina I. Titulo
CDD. 398.21

SERES MITOLÓGICOS ARGENTINOS

SERES MITOLÓGICOS ARGENTINOS

Diario 1

PATAGONIA

Leonardo Batic
Texto e ilustraciones

EDITORIAL ALBATROS

Coordinación
María Eugenia Delía

Edición y corrección
Cecilia Repetti

Supervisación de diseño
María Laura Martínez

Estudio Duendes del Sur

Ambientación, objetos e ilustración (p. 24)
Estela Karczmarczyk

Diseño
Carolina Ojeda

Asistencia de diseño
Romina Claro

Diagramación
Borges&Alvarez I Gráfica editorial

Consultores artísticos y de diseño
Walter Carzon y Pablo Zamboni

Asistencia literaria
Jimena Arroyo

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11723.
Se prohibe su reproducción parcial o total.

SERES MITOLÓGICOS ARGENTINOS DIARIO 1 - PATAGONIA
1ra. edición - 5000 ejemplares
Impreso en New Press Grupo Impresor S.A. - Buenos Aires 2004

ISBN 950-24-1066-1
Copyright 2004 by Editorial Albatros SACI
Torres Las Plazas J. Salguero 2745, 5to. 51 1425DEL
www.albatros.com.ar
info@albatros.com.ar

Agradecimientos y dedicatorias

Este libro hubiera sido imposible sin la ayuda y la comprensión de un grupo muy grande de gente a quienes les estaré eternamente agradecido por su paciencia, tolerancia y amor incondicional. A ellos va dedicado este libro con admiración y respeto.

A Nahuel y Sofía, mis amados hijos, que tuvieron a su padre perdido durante varios meses en la dimensión de las hadas y los duendes que ellos tan bien conocen y disfrutan.
A Estela, mi compañera de viaje. Sin tu fuerza y templanza no hubiera logrado nada.
A Walter y Pablo, mis socios; nadie podría desear tener mejores amigos. Gracias por todo lo que tuvieron que cargar mientras estaba embarcado en esta aventura.
A mis padres, quienes cuando me adoptaron decidieron darme lo mejor. Este libro es un apretado resumen del resultado que obtuvieron. Sin ustedes, nada tendría sentido.
A Javier, mi hermano, con quien compartimos una aventura que vale cada minuto invertido.
A Carlos, mi hermano de la vida; su trabajo silencioso y desinteresado fue excluyente para que este libro viera la luz. No tengo modo de agradecer tu eterna disposición.
A Carolina, Jimena y Romina, mis hadas en "Duendes del Sur".
A María Eugenia, Cecilia y María Laura, mis hadas en "Albatros".
A Elsa, una suegra que reivindica a todas. Su amor por Sofía y su disposición nos permitió llegar a buen puerto.
A Ema Rosa, mi verdadera hada madrina y a la familia de Matilde.
A Silvio y Fabrizio, su mano extendida al final hizo realidad este libro.

A Madalina Stefan, Carolina Farías, Rubén Barrientos, Juan Chaves, Fabián (gracias por enseñarme tu arte),Silvana Brys, Patricia Carzon, Amira Villareal, Rubén Torreiro, Horacio Otollini, Victoria Oliver, Manuela López Seco. Cada uno de ellos tiene un lugar especial en mi corazón.

Antes de empezar mi narración, debo aclarar que las historias de hadas me han fascinado desde que era un niño. A mi padre le encantaba leerme *Alicia en el País de las Maravillas* y *Peter Pan;* mi madre vació varias veces su monedero para que pudiera comprarme los últimos libros de Tolkien, de Pratchett o de Úrsula K. Le Guin; y mi hermano descubrió de reojo que las historias de dragones y orcos podían ser tan interesantes como las que suceden en una galaxia muy lejana. Recibido de periodista, nunca logré involucrarme demasiado en las notas que me asignaban y siempre terminaba en un biblioteca buscando el santo grial o escuchando a quien juraba que había estado con un duende, había visto un hada o había sentido el paso de las sirenas debajo del mar.

Cuando me contactaron para escribir una serie de libros sobre seres mitológicos argentinos, supe que al fin había llegado mi oportunidad de volcar todo el material recopilado por años. Fue en ese momento en que me di cuenta de que no poseía la certeza necesaria acerca de la existencia de hadas y duendes para hablar de ellos en un libro.

Han pasado más de dos meses y no he podido completar ni cinco páginas coherentes. Por eso, una mañana decidí pedir ayuda al multitudinario oráculo que espera paciente en internet para que me ayudara a encontrar el comienzo

de la madeja y así llegar al minotauro escondido en el laberinto de mi mente. Sólo una buena excusa sería suficiente para comenzar: un nuevo relato, una foto borrosa, una prueba ínfima que trajera al niño inocente que había creído en Campanita y que el tiempo había convertido en un escéptico recolector de historias carentes de sentido.

Cuando encendí mi computadora al día siguiente, me embargó la desolación. Había dejado carnadas estratégicamente dispuestas como una araña en la red para atraer a los pocos delirantes como yo que contaban con algún material interesante. Pero, ni en mis fantasías más exageradas hubiera pensado encontrar todas mis casillas ocupadas por fanáticos, investigadores y creyentes. ¿Cómo buscaría el dato que necesitaba en aquel océano de información?

La carta de Ricardo hubiera pasado inadvertida excepto por el nombre del destinatario a quien iba dirigido. Mithdraug, "el lobo gris", era el nombre élfico que había adoptado cuando terminé de leer *El Silmarillion* de Tolkien y necesitaba formar parte del mundo de enanos y elfos. En aquellos días, todos teníamos nombres élficos y por eso jamás había conocido el nombre de pila de muchos. Sin embargo, este misterioso personaje sabía mis dos nombres.

From: Ricardo Ravena
To: Mithdraug <leobatic@duendesdelsur.com>
Sent: Sunday, September 21, 2003 9:59 AM
Subject: Tengo su material conmigo

Estimado Leonardo Batic:

Al parecer, usted despertó el interés de mi abuelo hace unos ochenta años. Estoy tan maravillado como lo estará usted ronto posible ya que debo mostrarle un material que mi abuelo le dejó.

Supongo que vivirá en La Plata, porque de otra manera lo habré hecho ilusionar con algo que no le pertenece.

A su servicio, R.R.

Durante varios minutos releí cada palabra del mail y pensé que algún amigo deseaba gastarme una broma. Claro que ninguno de mis amigos más antiguos recordarían un nombre como aquél ya que ellos preferían jugar al fútbol en vez de pasarse horas enfrascado en libros aburridos. Devorado por la curiosidad, tres días más tarde y en una mañana de lluvia en que todo se volvía gris, húmedo y frío en La Plata, me cité con el misterioso interlocutor.

Como suele suceder en estos casos, aunque no coincidía con ninguna de las imágenes que me había creado de él, no dudé en ponerme de pie cuando entró en el bar. Alto, de cabello castaño claro bien cortado, sin el más mínimo indicio de arrugas en el rostro, anteojos modernos, traje italiano y afeitado hasta el lustre, Ricardo Ravena se aproximó con ceremonia y me saludó con una sonrisa respetuosa que dejaba entrever sus nervios y un asomo de desconcierto que me preocupó.

–¿Batic?

–Así es. ¿Desea tomar algo?

–Un cortado, gracias –me miró con intriga y colocó una valija de cuero negro en la silla vacía a su derecha–. La verdad es que lo imaginaba más grande.

–Y yo lo creí un joven con ganas de divertirse… ¿Cómo debo llamarlo?

–Ricardo.

Levantó la vista y me estudió. Hasta entonces creo que no se había planteado lo extraño que había resultado para mí su correo electrónico. Algo se movió

en su cuello y los hombros se desarmaron como un traje sacado de su percha, dejando salir una respiración pesada que le devolvió los colores que seguramente sus mejillas habían perdido con el frío de la calle.

–Disculpe, pero todo esto me tiene sin dormir hace días y lo que me tranquilizaba era pensar que me encontraría con un viejito que hubiera conocido a mi abuelo.

–Ni siquiera sé quién es su abuelo y todavía no me ha dicho qué tiene que ver con mi investigación.

El mozo trajo el café y Ricardo se lo tomó casi sin respirar, sin quitar la vista de la taza y tanteando con la mano la valija.

–Mi abuelo era Evaristo Villiers –y en su voz infería que mi obligación como investigador de hadas y duendes debía llevarme a exclamar mi admiración o sorpresa, pero la realidad era que hubiera sido lo mismo dar cualquier otro nombre. Abatido, continuó:

–Mi abuelo vino de Francia en 1888 y dedicó su vida al estudio de los seres sobrenaturales argentinos.

–¡Ah! –alcancé a decir mientras mi cerebro me pedía que me calmara. Al menos el sujeto tenía algo que ver con lo que buscaba.

–Cuando murió, en 1969, me dejó una carta y un paquete. Me pidió que no la leyera hasta que comenzara el nuevo siglo, cuando pensaba que estaba por llegar el momento del encuentro.

–¿El encuentro?

El hombre no contestó. Su atención estaba en el interior de la valija que traía consigo, mientras una mano revolvía entre papeles, agendas y una calculadora. Sus dedos debieron tocar el papel madera que guardaba, porque el rostro se le iluminó y sacó con pompa un paquete para colocarlo en medio de la mesa.

–En la carta, mi abuelo me pidió que confiara en él –del bolsillo del traje sacó la carta. Era un papel encerado, algo amarillento, que tenía un montón de palabras prolijamente garabateadas con tinta roja por afuera y azul por adentro. Los dobleces y la puntas ajadas hablaban de años de espera y de un sinnúmero de lecturas.

–¿Y qué le pedía?

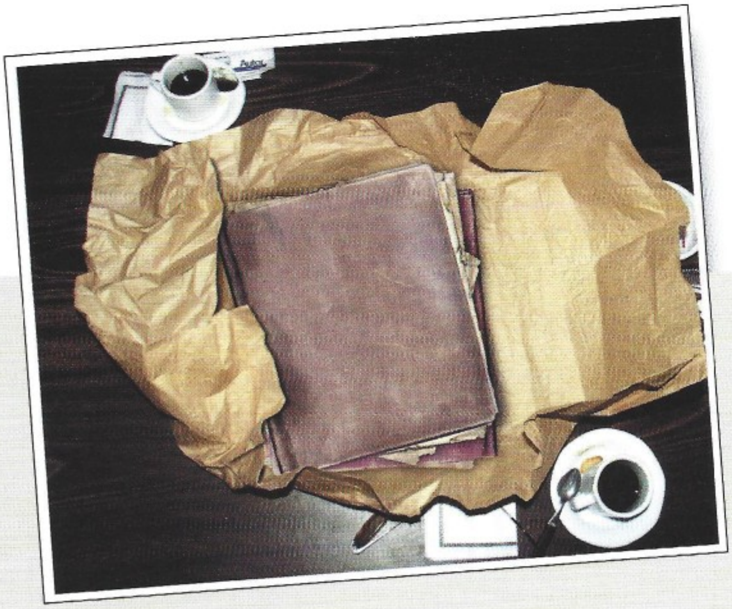
–Él era un hombre raro –dijo, más para él que para mí–. Siempre se adelantaba a los avances tecnológicos y se los describía a sus amigos con lujo de detalle. Vaticinó varios años antes: que en la década de 1950 el hombre vería

películas en su casa dentro de una caja de zapatos con vidrio. Además, avisó que los americanos llegarían a la Luna en la década de 1960 usando los textos de Julio Verne –me miró por primera vez con atención tratando de descubrir cuánto creía en sus palabras–. A él le gustaba mucho Verne... Decía que tenía un problema parecido al de él, por eso se vino a vivir a La Plata. Insistía en que Verne había descripto la ciudad en su libro *Los 500 millones de la princesa* y la había bautizado Franceville. En su carta me dijo que sabía que un día sus notas se publicarían, que un hombre escribiría en mi televisor pidiendo ayuda, que su nombre sería el del más grande de los creadores de Italia, que su apellido sonaría a técnica artística, que sería cuando Marte estuviera más cerca de la Tierra y que la persona viviría en Franceville.

Me había quedado sin respiración. Si era verdad lo que este ejecutivo de banco decía, alguien me había conocido antes de que yo naciera y ya sabía que algún día determinado escribiría una carta en internet aun cuando todavía no existía la televisión a color.

–También lo describió como un joven con nieve en el cabello, que trabajaría en un estudio llamado "Duendes" y que tendría una cicatriz en la muñeca izquierda.

Instintivamente corrí la malla del reloj para corroborar que todavía estuviera la antigua cicatriz que me había hecho cuando era niño. No necesitaba más. Era evidente que ambos esperábamos poder constatar la veracidad de las palabras con una prueba irrefutable, como aquella cicatriz.



–Tenga –dijo el hombre extendiendo el paquete–. La carta decía que se trata de unos diarios de viaje. En ellos encontrará todo lo que necesita, aunque no tengo mucha idea de qué pueda ser, ya que su voluntad fue que sólo usted los abriera. Lo miré y encontré un par de ojos perdidos preguntándose por qué debía confiarle un recuerdo tan preciado a un desconocido.

El paquete contenía tres diarios forrados en cuero gastado y polvoriento. Además, había una nota: "Siga la lectura de los diarios en orden, página por página. No se quede con dudas antes de pasar a la hoja siguiente y observe cada dibujo con atención". Con la urgencia del periodista, saqué de mi bolso la cámara réflex y disparé sobre la mesa.

El antiguo tesoro que un viejo desconocido había reservado para mí podría considerarse seguro más allá del papel amarillento.

Satisfecho, pasé mis dedos por el primer tomo. Parecía cuero de vaca ma-

rrón, pero el segundo, de cuero rojo y el tercero verde, eran de animales que no conocía. Tomé el segundo diario y sentí la necesidad de hojearlo. La mano fría del hombre me detuvo y me sobresalté como si un hechizo se hubiera roto.

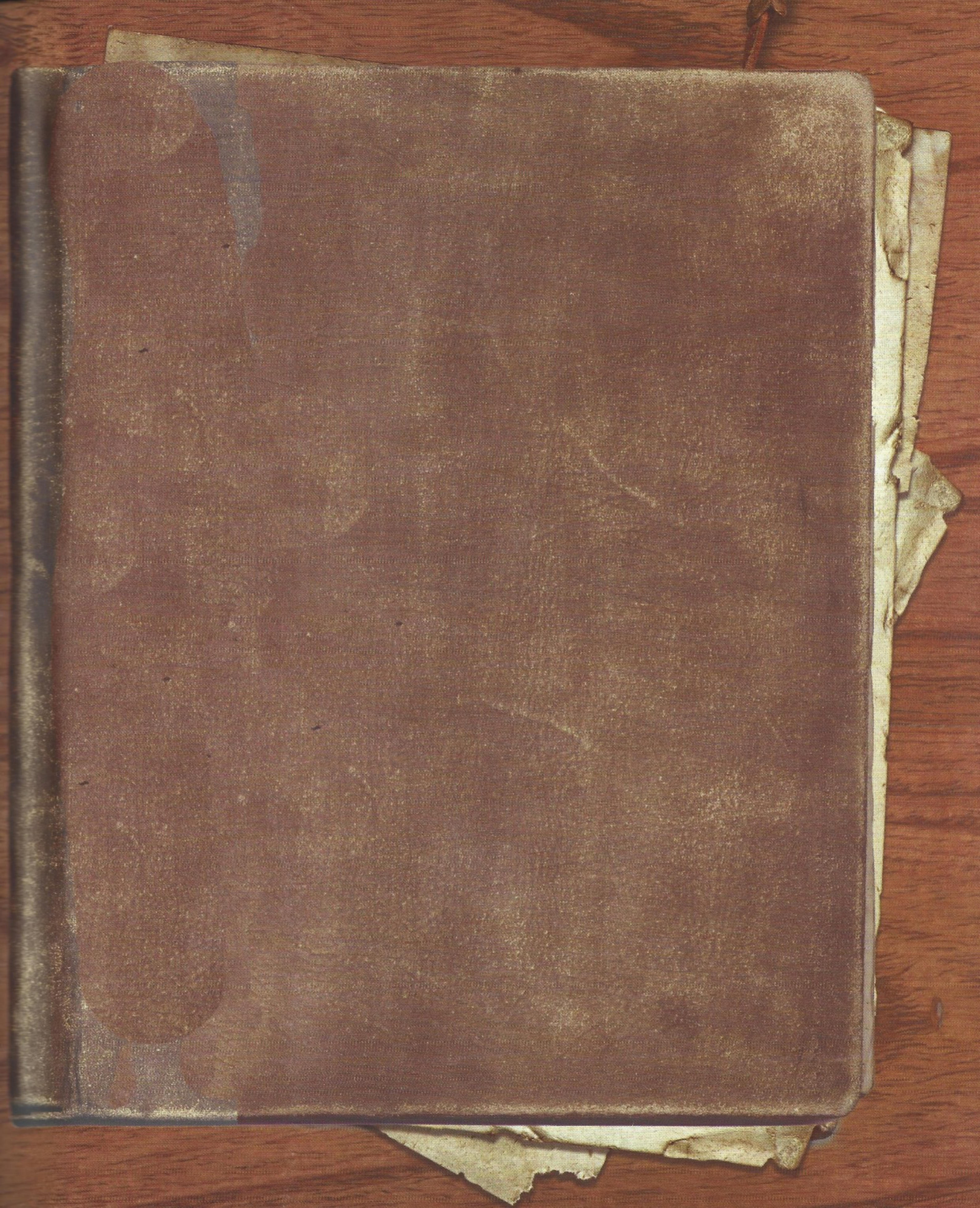
–Debe prometerme que los mirará en orden y que leerá atentamente el primero antes de pasar al segundo –asentí. A veces la gente es rara y tiene supersticiones o persigue rituales de los que ni siquiera conoce su significado.

Abrí el primero y un perfume a flores prensadas y papel tostado llenó el aire. Sentí la respiración de mi interlocutor casi sobre mis lentes. Giré el diario y ambos estudiamos la dedicatoria y las primeras frases escritas en tinta amarronada por el tiempo y manchada por la humedad.

Volví a sacar una foto y entonces supe que sería la mejor manera de no perder información si las hojas se rompían por el deterioro.

Espero que los lectores puedan disfrutar de este libro conmigo. Intentaré que tengan la misma visión que tuve a medida que pasaba cada página y así permitirles ser tan descubridores de este tesoro como yo.

Leonardo Batic
La Plata, primavera del 2003



Estimado Evaristo:

Espero que en este cuaderno pueda relevar todos los seres que han vivido en la imaginación de los nativos argentinos y que tan bien parece conocer. Si aquello que me ha contado es cierto, espero que llegue el día en que yo también pueda compartir con mis limitados sentidos esos mundos sutiles gobernados por hadas, duendes y sirenas.

Con afecto,

Matilde

Navidad de 1888.

Esta moneda pertenece ahora a la coñilauquen del lago Curruhué Chico.
10 de febrero 1889

25 de diciembre de 1888

Este diario con tapas forrado en cuero de vaca me lo regaló Matilde Baró, hija de un amigo de mi padre que debió mudarse de París a La Plata para formar parte del equipo que ayudó a la apertura del museo de la ciudad, y el que se considera será uno de los más importantes del continente. Pedir hospedaje a un antropólogo me ha hecho sentir en mi propio ambiente. En esta casa, todos aman la investigación y el nombre Villiers es considerado digno de respeto.

Escribir este diario en español es un reto que espero vencer mientras me encuentre en estas tierras.

No hallo mejor manera de comenzar este diario que intentar encontrar una razón para esta aventura irracional tras los pasos de los seres feéricos que alguna vez partieron de las costas de Gales.

Mi padre, Franc Villiers, es sin dudas el más afamado y controvertido investigador de seres elementales del viejo mundo conocido. Sus textos fueron inspiración para jóvenes talentos y sus disertaciones lograron sembrar la duda en los más escépticos cientificistas. ¡Cuánto hubiera deseado acompañarlo en sus viajes de investigación! Pero ni él ni mi madre aceptaron aquellas cruzadas que tantos enemigos habían generado contra la familia y que varias veces nos dejaran al borde de la bancarrota. En 1874 me encerraron en la universidad y sepultaron mis sueños debajo de toneladas de libros de leyes.

Sólo Aurelio Antonio de Tounens me ayudó a estudiar mitología y ciencias ocultas a escondidas de mis padres.

Tounens había declarado el territorio patagónico y araucano de la Argentina y Chile como su reino, y los caciques de aquellas lejanas tierras lo habían apoyado durante más de una década, aunque dos veces había sido corrido por los gobiernos de ambos países. Cuando lo conocí, llevaba dos años in-

tentando regresar a su reino en la Patagonia y le insistía a mi padre para que fuera con él, ya que un renombrado investigador podía darle el apoyo que necesitaba de Francia y otros países europeos. Ante la negativa de mi padre, se consoló pensando que el hijo podría superar al padre y el apellido Villiers finalmente estaría ligado a su empresa.

Mi padre descubrió la farsa, declaró a Tounens su mayor enemigo y me prohibió volver a verlo, enviándome a Roma, con unos familiares de mi madre.

Pero, en la primavera de 1876, mi padre desapareció en las costas de Gales buscando los vestigios de la legendaria ciudad de Avalon y, a pesar de las búsquedas, terminaron dándolo por muerto. Regresé a París para consolar a mi madre y convencerla de que me permitiera salir en su búsqueda. No sólo se negó categóricamente sino que me obligó a concluir con mis estudios de abogacía con la esperanza de hacerme olvidar mi verdadera vocación. Ella nunca supo lo que me ayudó con aquella orden ya que la casa de Tounens se encontraba a mitad de camino de la universidad.

Así, el rey de la Patagonia, gastado y enfermo, me ayudó en mis teorías acerca de la desaparición de mi padre.

Una tarde, cuando no había sirvientes a su alrededor ni oídos indiscretos, se animó a susurrar: "Mi querido joven, si a usted le interesa toparse con verdaderos elementales, la Patagonia es un santuario que alberga las especies más extraordinarias. Dicen que los elfos atracan con sus barcos entre las islas al atardecer..."

Luego, sus ojos se perdieron entre recuerdos amargos y un futuro irreversible. Lo saludé con la certeza de que sería nuestro último encuentro y, cuando atravesaba la puerta de su habitación para irme, dijo casi para él: "¿Cuál será el nombre de la sirena que peina sus cabellos mientras entona su canción de glaciar en los lagos helados del fin del mundo?"

El 19 de septiembre de 1878 cerró por última vez sus ojos y la desolación de apoderó de mí. Los diez años que siguieron a su muerte fueron deses-

perantes ya que nada lograba interesarme. Entregada a la idea de que mi padre había muerto, mi madre quiso ocupar su lugar con mano de hierro, siempre deseosa de que yo encontrara a una mujer de la alta sociedad y me casara. Así conseguiría olvidar para siempre las locuras de mi padre.

Fue ella quien intentó que me enamorara de una joven que estudiaba arte conmigo en la Académie Julian de París, pero fue el dibujo el que me consoló durante el tiempo en que la academia me tomó como uno de sus estudiantes.

En octubre falleció mi madre y así renació la idea de salir en búsqueda de mi padre. Una hora después de haberla enterrado, partí rumbo a Inglaterra y, luego de hablar con estudiosos amigos acerca de mi padre, recorrí las costas galesas con la esperanza de encontrar una pista que el mar no hubiera barrido en más de una década.

Aquellos días de dolor por la pérdida de mi madre se mezclaron con la desazón y el buen whisky. Deambulé por todas las posadas medio ebrio hasta que un par de pescadores se apiadaron de mí y me develaron los secretos acerca de los navíos élficos.

Hacía doce años, justo cuando mi padre investigaba en estas tierras, un grupo de embarcaciones desplegaron sus velas y zarparon rumbo al poniente. Un investigador francés, de seguro mi padre, aseguró que se trataban de naves élficas y nadó a su encuentro. Si la historia era cierta, mi padre seguramente había encontrado la manera de viajar en aquellos barcos.

Aquel día, las palabras de Tounens volvieron a mi mente: "Dicen que los elfos atracan con sus barcos entre las islas al atardecer..."

Una semana después, me encontraba en París haciendo los preparativos para este viaje.

Me pregunto si he llegado hasta aquí buscando a mi padre o es sólo una excusa para, libre al fin, investigar sobre los seres mitológicos.

Sea como sea, espero al menos averiguar el nombre de la sirena que canta desde las Tierras del fin del mundo.

26 de diciembre

Matilde organizó antes de mi llegada un par de sorpresas. Una de ellas es este dibujo que captó mi atención: un hada junto un amancay, una flor autóctona de la Patagonia. La ilustración fue realizada por el marino Eduardo O'Connor en la isla Victorica, a orillas del lago Nahuel Haupi, luego adaptada por un pintor anónimo en Buenos Aires y, finalmente, impresa por un comerciante italiano que la consideró una postal exótica para vender en Florencia a su regreso. ¡La fortuna permitió a Matilde comprarle una antes de que embarcara!

La otra sorpresa será llevarme mañana a una visita al Museo de Ciencias Naturales de La Plata junto a varios antropólogos. Matilde se ha comportado como una dama y su ayuda para que siga camino a la Patagonia es invaluable. Sin embargo, su belleza podría conseguir lo que ninguna de las ataduras de mis padres pudieron ponerme.

No puedo confesarle ahora mis deseos, pero espero poder volver a esta ciudad y asentarme definitivamente. Y si para entonces Matilde continúa oprimiendo mi corazón con sus miradas furtivas, La Plata será el lugar donde contraiga matrimonio.

La isla Victorica, originalmente llamada por los indígenas Nahuel Huapi (Isla del Tigre), fue rebautizada en 1884 por el Teniente O'Connor (por aquel entonces, ministro de guerra y marina) como isla Benjamín Victorica. Las deformaciones lo llevaron al nombre con que se la conoce en la actualidad.

28 de diciembre

El museo de Ciencias Naturales de la Plata es sin dudas el más completo que he conocido, quizás tanto como el de Londres. Aquí también son reacios a creer en los seres sobrenaturales, pero al menos la gente no me trata como a un loco. Florentino Ameghino, un estudioso notable, me sorprendió regalándome esta litografía de una autora polaca anónima que vive en el litoral. Por lo que me dijo Ameghino, esta mujer insiste en que esa ondina ha vivido en el arroyo que corre por detrás de su chacra desde hace años.

6 de enero de 1889

¡Hoy es el día! Si no fuera por el dolor que me causa el apartarme de Matilde, sería perfecto.

El tren salió de la terminal con puntualidad inglesa (bueno, de hecho ellos son los propietarios). Viajaré hasta Buenos Aires y pretendo quedarme allí una semana. Intento concertar una entrevista con el diputado Estanislao Zeballos, un escritor y abogado que viajó por la tierra de los araucanos apenas diez años atrás.

No espero conseguir historias de duendes y hadas de él, ya que parece ser un hombre de ciencias poco afecto a los relatos fantásticos, pero el mapa que hizo de las Pampas y del norte de la Patagonia me será de mucha utilidad.

He leído con avidez su libro y, gracias a sus detalladas descripciones, creo haberme pertrechado del equipaje necesario para mi viaje, aunque me ha generado un sentimiento hacia él muy contradictorio: su idea del hombre blanco como superior al indio me resulta repulsiva, aún cuando podría contar por miles a los que comulgan con esta idea. ¿Puede uno decir muy suelto de cuerpo que el indio es un ladrón cuando fue el hombre blanco quien en primer lugar robó sus tierras?

7 de enero

La entrevista con Zeballos fue corta y estoy seguro de que el hecho de ser francés ayudó a extender el tiempo dispensado en varios minutos. Me dio un par de recomendaciones acerca de nuevos caminos alternativos para tomar y así evitar el desierto lo más posible. Al finalizar, me habló de un tal Henry Owen Ellyllon, un galés que ya debería estar establecido en la margen norte del río Colorado. Lo considera un hombre aficionado a las historias de los araucanos, aunque para su gusto, demasiado fantasioso.

9 de enero

Tres días antes de lo previsto, y con un baúl grande y una valija de mano como todo equipaje, he tomado el tren hacia el sur bien temprano por la mañana. Pretendo llegar hasta Bahía Blanca y allí rentar una carreta que me lleve hasta los lagos entre las montañas, donde aún deben encontrarse algunos de los lonkos (caciques) amigos de Tounens. Ellos seguramente me ayudarán en mi búsqueda en este territorio desconocido.

Hemos cruzado Lomas de Zamora, Temperley, Burzaco, Glew y San Vicente. Ahora nos encontramos cerca del mediodía y nos detenemos en Altamirano, a 87 kilómetros de Buenos Aires.

Una situación extraña ha sucedido hace menos de una hora en el único bar cerca de la estación de Altamirano. Un aborigen desaliñado, de cabellos grasientos y despeinados, encorvado y con los pies descalzos, y que aseguró llamarse Nahuelfú, sobrino del cacique Villamain, se acercó a mi mesa y me preguntó si podía tomar un trago conmigo.

–Usted no viene solo –dijo después de meditarlo un poco y habiendo tomado dos cañas casi sin respirar.

–¿A qué se refiere?

—¿Es brujo? —inquirió con voz temblorosa pero desafiante, mientras apretaba contra el pecho uno de los collares de piedra pintados, tallados y desteñidos que colgaban de su cuello y sobre su poncho.

—No lo soy —miré a mi alrededor para asegurarme de que ningún pasajero hubiera sido equivocadamente relacionado conmigo, pero no encontré a nadie más que el cantinero, mirando con recelo. El diario estaba en mi bolso y mi valija no presentaba mayores diferencias con la de cualquier otro citadino—. ¿Por qué lo supone?

El indio se puso de pie, miró a mi alrededor y su expresión no sabía si convertirse en odio o respeto.

—Si los seres de la tierra lo acompañan, entonces debe ser brujo o mago. Lo sé porque mi madre es machi y yo heredé parte de sus poderes. Lamento si usted viajaba de incógnito, pero le aseguro que puede hablar con confianza.

—¿Y usted es brujo? —debía ganar algo de tiempo y averiguar más sobre aquel intrigante personaje.

—No lo soy, yo no hago gualichus.

—Yo tampoco —aseguré.

—¿Busca el camino?

—¿A qué se refiere? —intenté parecer misterioso, como si yo lo probara a él y no a la inversa.

Éstos son mis primeros dibujos de duendes y hadas en estas tierras. Espero que los datos de los aborígenes me permitan hacerlos más autóctonos. Me pregunto si Alfonse Mucha, un excelente artista que compartió los últimos meses de mi estudio en la Académie Julian de París, sabe de lo mucho que influyó en mi estilo. Espero que sus increíbles dibujos lo lleven por una senda menos turbulenta que los míos.

Curtido por el sol y ajado por el viento del desierto, el hombre volvió a sentarse y hurgó entre sus ropas hasta sacar una piedra tallada.

–Es un piumuntue poderoso. Cuando esté seguro de estar dentro del camino, úselo para que no lo confundan con brujo –e hizo silencio–. Todo ha sido escrito, pero usted debe decidir si seguir el curso o cambiarlo, y con él, su destino.

El hombre se puso de pie, inclinó levemente su cabeza y salió del almacén. Estuve tentado en seguirlo, pero no pareció lo más atinado. Preferí sacar mi diario y anotar cada frase mientras permanecieran frescas en mi mente.

–No quiero molestarlo, pero le advierto que ese indio está loco –al levantar la cabeza encontré la mirada desconfiada del almacenero–. Dice que ve cosas... a la Llorona, a los condenados, a los duendes... pero no le haga caso.

Le agradecí el consejo, compré una botella de ginebra, pero al llegar a la puerta me volví.

–¿Qué es la Llorona?

–Es un fantasma que ronda las estancias y va por los caminos llevando mal agüero, eso dicen. Yo creo que son estupideces para asustar a los críos.

Salí del almacén y busqué por varios lugares al indio hasta encontrarlo hablando solo bajo un ombú. Los teros saltaban cerca de él, mientras una pareja de horneros lo sobrevolaba como si fueran buitres.

–Disculpe... ¿Podemos hablar?

–¿Trae de beber?

–Sí, aquí tiene –cuando estiró las manos hacia la botella, volví a guardarla en el bolso–. Primero cuénteme acerca de los seres de aquí.

El hombre se acuclilló más aún y se hubiera confundido con una piedra.

Su vista perdida en la distancia hablaba de muchos recuerdos, o simplemente el alcohol ya había hecho su efecto devastador, arrebatando su memoria.

—Hábleme de la Llorona.

—Camina... siempre camina... aunque no pueden vérsele los pies. Está perdida, dicen, pero yo sé que no es así. Fue una mujer que ahogó a su recién nacido, dicen, pero yo estoy seguro de que fue bruja o hechicera, de familia blanca.

La castigaron por haber hecho daño cuando estaba viva y ahora está obligada a avisar a las familias cuando alguien está por enfermarse o se acerca su muerte. Si logra salvar a tantos vivos como los que ha matado, podrá descansar, pero como no la entienden cuando habla, todos piensan que es una aparición de mal agüero y la ahuyentan con la hoja de un cuchillo de plata clavada en el suelo.

—¿La ha visto?

—Claro que sí. Siempre la veo entrando a los pueblos y saliendo. A veces, la he llevado en mi caballo porque sé que no puede hacerme daño. Sabe... se le ha dado por castigar a los jóvenes que son infieles abrazándolos con sus brazos helados. Los pone enfermos... tendrá sus motivos. Total, ya no la pueden castigar más de lo que la condenaron.

—Cuénteme más.

En ese momento, desde la estación, se escuchó el silbato del tren. El indio sonreía con suspicacia. Sabía que recibiría su recompensa por mucho menos de lo que había hablado.

—Su destino lo espera. No se resista al camino.

Lo miré, le entregué la botella y corrí dejándolo con los animales.

La estación estaba atestada de gente. En Altamirano existe una bifurcación. Aquellos que se adentran en la provincia siguen hasta Azul. Los que viajan al sur, como yo, siguen por el otro ramal hacia Bahía Blanca. Me subí al vagón indicado, pedí que acomodaran el baúl que había dejado al cuidado del guardia de la estación y me desplomé en el asiento, asfixiado por el calor. Casi al instante me dormí y no reaccioné hasta escuchar al guardia gritar el nombre de la parada a viva voz: "¡El Azul!".

Con desesperación hablé con la gente del ferrocarril para intentar regresar a Altamirano, pero me dijeron que hasta el día siguiente no conseguiría tren. Un guarda me recomendó un hostal donde pasar la noche y ahora las palabras del indio acerca de no luchar contra la corriente parecen premoniciones y no frases de un loco.

10 de enero

Una tormenta de polvo ha impedido que saliera del hostal cuando intenté alcanzar el primer tren de la mañana que regresaba a Altamirano. Sólo cuando decidí regresar, con los ojos hinchados por el polvo, el viento se calmó hasta convertirse en una brisa.

Zeballos mencionaba en su libro *Viaje al país de los araucanos* un fuerte llamado Lavalle, cruzando el arroyo Tapalqué. Veré si hay posibilidades de llegar hasta allí a caballo. Quizás este cambio involuntario de rumbo traiga buenas nuevas.

Conseguí que un par de baqueanos me acompañen hasta el fuerte. Estos hombres se ganan la vida llevando paquetes con provisiones a lugares difíciles de llegar y tienen una tropilla de mulas acostumbrada a sortear los terrenos escarpados llevando en su lomo pesadas cargas.

11 de enero

Atravesando las sierras de las Dos Hermanas llegamos al fuerte General Lavalle.

El calor es agobiante, el camino tortuoso y mis piernas suplican descanso. Por ahora no he hallado ningún beneficio viniendo por aquí.

General Lavalle es un fuerte que ha crecido hasta convertirse en una aldea bien provista y ya casi ha olvidado sus años de sanguinarias luchas.

Si bien aún sigue siendo regida por los militares, las mujeres le han terminado de dar cierto toque de civilización y uno de ellos es sin duda la comida: degusté un estofado tan exquisito como los que preparaba Matilde en La Plata.

Ubicado como un huésped de honor en una de las habitaciones de la comandancia, pude hablar con el capitán Frías y su señora.

Hubiera dormido con placer una siesta, pero preferí caminar por los alrededores y no tardé en hacerme compinche de unos soldados, aburridos de mirar aquel indescriptible mar de tierra y pajonales que se abría hacia el oeste.

Por la noche, junto a un fogón pequeño para el mate, los soldados me hablaron del lobizón. Al parecer, durante las noches de luna llena, el séptimo hijo varón de una familia se convierte en un hombre lobo que aterroriza los campos.

Contaron otras historias menores, incluida la de la Llorona, a quien un soldado venido del norte conocía como La Viuda, pero ninguno quiso hablar de duendes ni hadas, aunque hicieron vagas referencias al castigo que le profirieron los duendes que viven en el establo cuando un sargento quiso apalear a una mula. Luego estallaron en carcajadas y no pude saber si hablaban en serio o no.

La señora del capitán Frías me descubrió garabateando en una hoja sobre la mesa de la cocina y me advirtió que no dibujara duendes ni hadas frente a doña Concepción, la mujer más vieja del fuerte, encargada de la cocina y de contar cuentos a los niños en los fogones.

–¿Por qué razón?... si me permite la pregùnta.

–No puedo decirle.

–Se lo suplico. Si ella sabe de hadas y duendes, será para mí una oportunidad única de recabar información.

La mujer me miró con desconfianza, pero después de pensarlo se sentó frente a mí, aunque su mirada no dejaba de seguir los movimientos frenéticos de los dedos danzando entre los hilos del chal que le cubría la espalda y los hombros.

–En estas tierras, la gente cree ver muchas cosas, la mayoría son producto del calor y la soledad...

–No lo sé, en París he tenido algunas experiencias que no podría atribuirlas a nada de eso.

–Pensará que estoy loca.

–Pruébeme.

–Creo que doña Concepción no es una persona como nosotros –dijo con vergüenza mientras sus dedos estudiaban la textura de la tosca madera de la mesa.

Remedios Frías se puso de pie, caminó hasta la pava que hervía sobre la cocina y preparó un té para ella y para mí.

–Algunos indios aseguran que, antes de que el hombre blanco pisara estas tierras, Aluhuemapu, el país de los espíritus, y el mundo de los hombres era uno. Existe una leyenda que habla de un camino, una especie de puente que une ambos mundos. Los aborígenes dicen que este fuerte está en el borde de ambos territorios. Una vieja que echamos por intentar hacer

gualichus insistió en que Concepción era una coñilef, algo así como una "criatura que vuela" o "niña que vuela". Nunca hablamos del tema, pero desde entonces le he prestado más atención. A los niños les encantan sus historias, en especial sus cuentos de hadas, pero sé que a ella la entristecen mucho. La he visto llorar a escondidas, como si aquellos relatos fueran recuerdos felices de una vida pasada en ese mundo de los espíritus.

–¿Y cuando llegó ella al fuerte?

–Dicen que vino por amor a un soldado, aunque nadie sabe de dónde exactamente –tomó un sorbo del té y trató de hacer una sonrisa inocente.

Mostrarle los dibujos la llenarían de melancolía, y usted sabe que las hadas con tristeza se hacen transparentes y vagan luego como fantasmas por el mundo.

Sin decir más, se rió como si hubiera dicho una humorada y se fue apurando el paso.

12 de enero

He conseguido una carreta que va hacia Bahía Blanca. La maneja un comerciante que prometió dejarme en la estancia de Henry Owen Ellyllon, quien por un golpe de suerte resultó ser su primo. Tal como intuía Zeballos, Ellyllon se había enamorado del río Colorado y nunca llegó al Chubut donde se ha fundado la colonia más próspera de galeses en este país.

13 de enero

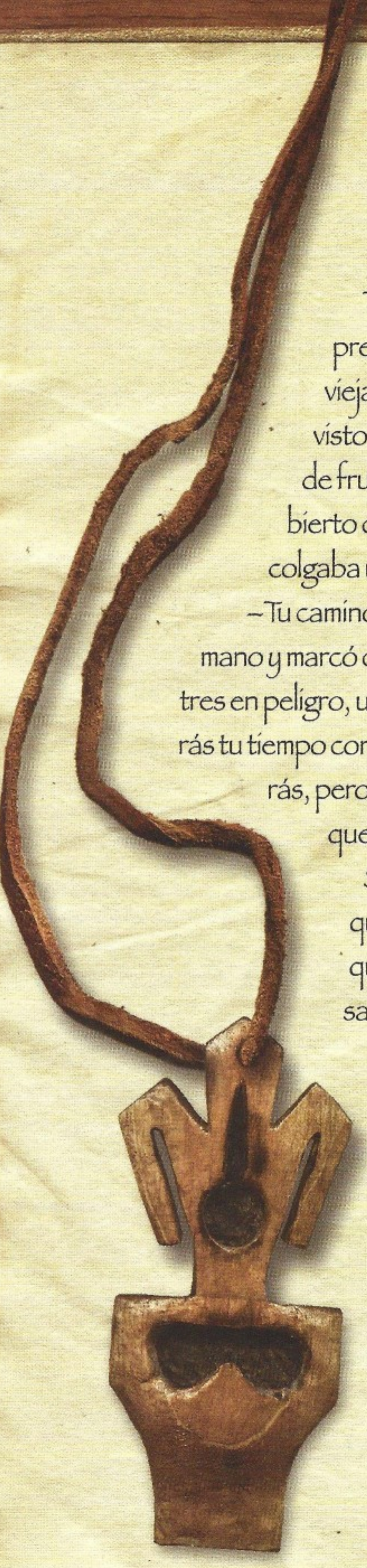
Temprano por la mañana, cuando concluíamos con los preparativos para continuar nuestro camino, vino al cruce la vieja Concepción. Con la misma sonrisa con la que la había visto cocinar, me entregó un paquete en el que había un pastel de frutillas, que vaya a saber de dónde las había sacado, cubierto con caramelo de miel. Se acercó a mi oído y, mientras me colgaba un amuleto del cuello, me dijo:

–Tu camino será largo y conocerás a muchos como yo –tomó mi mano y marcó con sus dedos las líneas de la palma–. Cuando te encuentres en peligro, usa este amuleto y hazle caso a las numalillahuen*. Cruzarás tu tiempo con alguien cuyo tiempo no pertenece a éste y lo traicionarás, pero sólo en apariencia. Toda trama tiene una hilada oculta que a veces parece ir en contra de la urdiembre.

Se apartó y sentí que estaba ante un hada. No de las pequeñas que vuelan de flor en flor, sino aquellas altas, de la que frecuentaban las cortes otorgando dones a las princesas recién nacidas.

"Tus ojos aprenderán con el tiempo a vernos como somos y no como nos imaginan los que nos temen", susurró el viento en mis oídos.

Sonrió una vez más, tomó uno de mis dibujos del portafolio, asintió satisfecha, lo abrazó y me dio la espalda hasta perderse entre las casas del fuerte.



* *Nahuelfú me dijo que las numalillahuen son lo que los europeos conocemos como hadas. Ellas ayudan a las machis con su gran conocimiento de las hierbas.*

14 de enero

¡Llueve! No sé si esto retrasará el viaje, pero al menos podemos respirar y ya estamos del otro lado de las sierras de la Ventana, en el Fuerte Argentino, a menos de un día de Bahía Blanca. Si el día mejora, me llevarán a conocer la gran Zanja que proyectó Alsina para detener el avance del indio. Ahora se ha convertido en un recuerdo, pero hace menos de doce años éstas eran tierras de tehuelches.

Aquí los soldados están más atareados y las mujeres más calladas. Alguien mencionó durante el fogón algo acerca de las tropillas fantasmas que los indios mandaban para derribar la zanja, pero lo hicieron callar y no pude identificar quién era.

15 de enero

¡Arribamos a Bahía Blanca!

La ciudad, situada en un lugar elegido por los aborígenes en la antigüedad se ha convertido en una ciudad pujante de más de 4.000 habitantes.

Existen muchas historias que me gustaría relevar, sobre todo la de un antiguo algarrobo que los aborígenes consideraban protegido por el gualichu (una personificación del mal como el diablo), pero se avecina una nueva tormenta y lo mejor es partir hacia la estancia de Ellyllon, por un camino poco transitado y algo dificultoso.

16 de enero

La estancia de Henry Owen Ellyllon parece extraída de otro paisaje. Escondida entre depresiones donde el polvo y las rocas son todo lo que puede verse en leguas a la redonda, su terreno es un vergel verde, como si el agua que faltara en toda la Patagonia hubiera ido a refugiarse dentro de sus tierras. A pocos metros de la entrada pueden olerse los huertos tapizados de rosales en flor, saturados con los colores más extravagantes y los perfumes más delicados. Los sauces y los algarrobos crean una isla de sombras que invitan al exhausto caminante a dar gracias y bendiciones a los dueños de casa.

Henry Owen Ellyllon salió en persona a recibirnos, con los brazos extendidos, la panza henchida de cerveza y la barba tan rubia y larga que podría haberse confundido con San Nicolás. El aire fresco revivió mi espíritu y la sonrisa volvió a instalarse en mi semblante. Me presenté y, sin importarle mi sorpresa, me aferró por debajo del brazo y me hizo entrar a la casona, dejando a los criados con su primo, mientras descargaban sus provisiones y mi equipaje.

–Me dio su nombre Estanislao Zeballos.

–Bien, bien –dijo con una sonrisa franca–. Lo he visto una vez. Un hombre poco afecto a las buenas historias, debo decir. Espero que usted disfrute más que él de nuestra hospitalidad.

–Se lo aseguro.

–Mi mujer Rwena y yo estamos felices de encontrar aventureros por aquí.

Al ver el rostro perfecto de Rwena me pregunté si había servido de inspiración a los hermanos Grimm para describir a Blancanieves, pero, por su edad, la modelo debió ser su madre.

Después de muchos días, al fin pude tomarme un baño, aunque jamás pensé que mis anfitriones habían hecho prepararme una tina con sales y cubierta de pétalos de rosa.

Relajado y limpio, me recosté en un colchón de plumas tan cómodo que, de no ser por el criado con su campanilla de cristal, hubiera dormido hasta las próximas navidades. Me prestaron unas ropas de seda que parecían hechas ex profeso para mí, ya que todo mi equipaje había sido incautado a fin de ser lavado y planchado, pese a mi negativa.

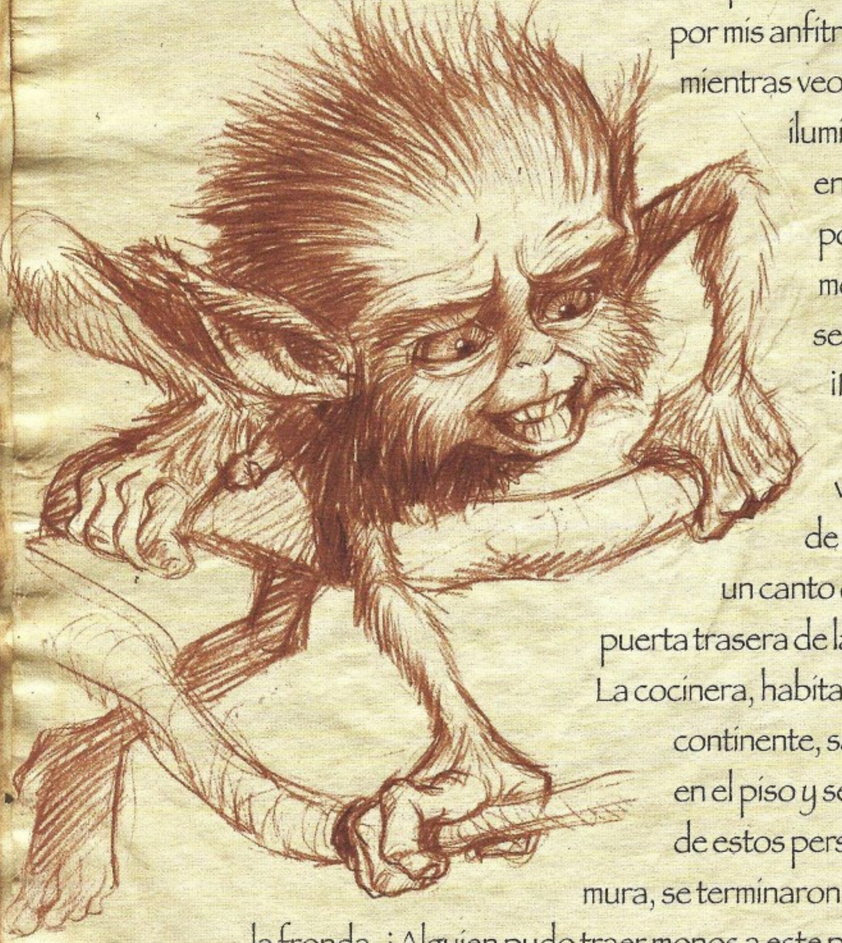
El primo de Henry Owen siguió su camino mientras dormía así que me convertí en el único agasajado en la cena.

En la larga mesa había desde un chivo pequeño asado hasta una salsa de tomates y cebolla, desde pan recién horneado hasta jamón crudo cortado en forma de flores con queso moldeado como hojas. Parecía un ágape digno del palacio de Luis XVI y no la cena en una pequeña estancia en el confín del mundo.

Busqué en la biografía de los hermanos Grimm y Blancanieves fue publicada por primera vez en 1812.

Henry Owen contó algunas historias de sus primeros años allí. Luego el capataz realizó una reseña de las actividades que harían el día siguiente y, para finalizar, Rwena cantó varias piezas galesas y célticas que, por alguna maravillosa razón (yo no había mencionado aún el motivo de mi viaje), describían historias de elfos y hadas, duendes y sirenas.

De nuevo en mi habitación, no he podido conciliar el sueño, fascinado por mis anfitriones. Escribo en mi diario mientras veo por la ventana las estrellas iluminando el desierto y trato de encontrar las figuras más importantes por si llego a perderme en ese océano de polvo que se abre más allá de la tranquera.



¡Mis ojos me engañan!

Entre los algarrobos he visto varias figuras saltando de rama en rama, llamando con un canto que parece un susurro a la puerta trasera de la cocina.

La cocinera, habitante de un pueblo al final del continente, salió con una olla que depositó en el piso y se dedicó a ver cómo se cubría de estos personajes peludos que, con premura, se terminaron el contenido y regresaron a la fronda. ¿Alguien pudo traer monos a este paraje? No, de seguro que no, y no imagino a los simios cantando con voces tan cristalinas.

17 de enero

Han pasado seis horas desde que escribí aquellas líneas y todavía mi cabeza se niega a aceptar lo que he vivido.

Con el mayor sigilo salí de mi habitación y bajé las escaleras de madera intentando hacer el menor ruido posible. Llegué a la cocina, luego de perderme entre los pasillos interminables, y me encontré caminando por un jardín de invierno que tenía una vista inmejorable del árbol con aquellos extraños residentes.

Eran aproximadamente veinte y no se columpiaban, como supuse en un primer momento, sino que danzaban de rama en rama mientras se pasaban objetos que no pude distinguir.

Parecían comer, tocar instrumentos o manejar herramientas. Hablaban, o al menos se comunicaban con una actitud muy lejana a la de los animales... ¡Y tenían ropa! Si bien en algún espectáculo en París he visto monos vestidos para el deleite de los niños, estos seres tenían ropas adaptadas a su cuerpo y lejos de parecer ridículas, hablaban a las claras de un uso diario confortable y utilitario.

Me arrastré hasta el ventanal para fijar sus facciones, pero no reparé en la luz de la luna, que por entonces me había ayudado a no tropezarme, pero que ahora me delataba ante los arbóreos seres. Uno de ellos susurró algo mientras me señalaba y todos hicieron silencio, inmóviles. Luego, uno a uno se fueron apagando, o ésa es la mejor manera que tengo de describir cómo se desvanecieron hasta dejar sólo el árbol con su follaje, como si nunca nadie hubiera estado entre sus ramas.

Pasé casi una hora esperando que aparecieran nuevamente y hasta me escondí entre las sombras de la sala, pero nada pasó.

Cuando me disponía a volver a mi cuarto, una voz desde la cocina habló clara y fuerte:

–¿Quiere algo de comer o tomar?

Me acerqué sigiloso, temiendo haberme confundido y que se tratara de una charla en la que yo no estaba invitado.

–Señor Villiers, ¿desea algo de comer?

Mi garganta, estrangulada por la saliva que no podía tragar, me impedía contestar y no lo hice hasta llegar al marco de la entrada a la cocina, desde donde pude ver a la cocinera, que cocinaba de espaldas a mí. Por un momento deseé que fuera Concepción.

–Pase, señor Villiers, le estoy preparando un sándwich de carne con queso y mayonesa.

–Gracias –fue todo lo que pude decir.

La mujer era gorda y alta, su cuerpo era claramente americano y sus rasgos me parecieron dulces, aunque mantenían la firmeza de una de las tantas razas vencidas ante el poder europeo. (Debo decir que por mi educación no comparto la idea de invadir territorios habitados por otros humanos, aunque no sean cultural ni socialmente más avanzados que los colonizadores).

–¿Lo despertaron los joshil?

–No, de ninguna manera. Estaba escribiendo –me encontré respondiendo al tiempo que un mar de preguntas sacudieron mi ser–. ¿Qué son los joshil?

La mujer no se volvió, excepto para poner el sándwich en la mesa junto con una jarra de cerveza tan fría que empañaba el jarro. Continuó con sus quehaceres durante una eternidad y, cuando me había dado por vencido, se secó las manos con un trapo y me miró.

–¿Usted qué cree que son?

–Sonará a respuesta estúpida, pero creo que son seres de la tierra.

–¿Y por qué es estúpida esa respuesta?

—Mucha gente piensa que aquel que cree en las hadas, los duendes y las sirenas está trastornado o es estúpido.

—¿Y usted qué piensa? —la mujer se había parado apenas un paso a mi lado y permanecía con los brazos cruzados.

—Yo creo en las hadas.

—¿Cree en los sándwiches?

—¿Cómo?

—Le pregunto si cree en los sándwiches.

—Bueno, no es asunto de creer o no, tengo uno en la mano.

—Pues entonces su respuesta está equivocada. Usted ya no puede decir que cree en las hadas a menos que desde hoy vaya diciendo por ahí que cree en los sándwiches.

¿Sabía aquella mujer de mi encuentro con Concepción o se refería a los joshil?

—Piense en esto durante la noche y mañana lo ayudaré con los preparativos de su viaje. Los joshil estarán ahí mañana y, si hace lo correcto, podrá tomar algunos apuntes antes de irse.

Mi instinto me llevó a mirar la mesa, esperando encontrar mi diario o mi porfolio con dibujos, pero sólo había un plato regado de migas y un vaso con cerveza a medio tomar.

—No necesito ver sus dibujos para saber lo que hace —dijo como si leyera mi mente—. Una parte de usted los lleva adonde vaya.

—No comprendo.

—La bruma que envuelve a todos los seres, ella habla más de lo que usted quisiera contar, y gracias a ella sé que es aceptado por el guardián del umbral. Ahora vaya a dormir.

—Pero...

—Contestaré eso durante su desayuno, aunque puedo adelantarle que su viaje empezará recién mañana.

Ricardo se puso de pie. Bajé mi cámara y vi con un leve fastidio cómo aquel hombre gris cerraba de golpe el diario y alejaba su vista de la mesa.

–Es hora de irme –dijo al tiempo que tomaba su valija y ajustaba su corbata.

–Pero... ahora viene la parte más interesante del libro.

–Lo sé. Pero yo prometí que sólo usted leería el diario completo y así será.

Me puse de pie sin comprender aquella parte del ritual. Estuve a punto de golpear su hombro, obligarlo a relajarse y convidarlo con algo más fuerte que un café para romper su rictus, pero luego preferí callarme. En mi cabeza rondaba la idea de tener aquel diario sólo para mi placer y me sentí un descubridor, un doctor Jones enfrentando tesoros que otros no sabían apreciar.

–Prométame que seguirá leyendo el diario de la misma manera, hoja por hoja, siguiendo la misma cronología que mi abuelo.

–Seguro, quédese tranquilo.

–¿Puede ponerse en el lugar de Evaristo?

–Si estos diarios son reales, me gustaría mucho poder estar en su lugar.

–Que la buena estrella cumpla entonces sus deseos –dijo sonriendo con tranquilidad y por la comisura de sus labios afloró cierta humanidad que le quitó aquella extraña apariencia de muñeco de cera.

Me extendió su mano, me saludó con todo respeto y caminó hacia la puerta.

Sólo se volvió una vez, aunque no pude saber si era para darle una última mirada al tesoro de su abuelo o para advertirme algo.

Pagué los cafés, junté todo el material con cuidado de cirujano y recién entonces me percaté de las furtivas miradas del encargado del bar, los dos mozos y los cinco clientes.

¿Qué pensarían que fotografiaba? Lo más probable es que estuvieran fantaseando con documentos de la municipalidad o del congreso, o incluso imaginando un complot organizado para desenmascarar algún político. Mejor.

Llegué a casa cerca de las tres de la tarde, empapado. Las nubes se habían oscurecido tanto que las luces de las farolas iluminaban las gotas pensando que ya era de noche.

He dejado los diarios y el porfolio sobre la mesa de dibujo y me estoy obligando a escribir estas líneas antes de continuar. (¿Podrá la editorial publicar las fotografías en vez de escanear las hojas de un diario?).

15:45

(Transcripción de la conversación en el chat con la editora)

–Leonardo, estamos un poco preocupados con el tiempo que te tomaste para escribir este libro.

–No fue fácil, Eugenia, hay mucha información de hadas y duendes europeos, pero nada de seres argentinos.

–Pero… ¡No podés decirme algo así a pocos días de enviar el libro a impresión!

–Tranquila, tranquila, está todo solucionado, tendrás el manuscrito en tu oficina mañana por la tarde.

–Leonardo, no me hagas esto, lo necesito hoy sin falta.

–Imposible.

(Un suspiro se escurrió por la pantalla aunque sólo fuese mi imaginación. Tal vez la demora en contestar se debiera a algún extraño maleficio que los editores conocen para eliminar a escritores impuntuales.)

–Puedo pasar mañana por la mañana por tu casa y llevarme el texto final.

–No sé, Eugenia, tengo tanto para hacer (mis manos buscaban la última página que había leído en el bar). ¿Pueden incluir fotos a color a toda página?

–¿Cuántas páginas?

–Tal vez unas cien…

(Una serie de simbolitos representando gritos ininteligibles, maldiciones un poco más rudas (¿tendrían el poder de los conjuros alquímicos?) y caritas enojadas llenaron la caja de texto.

–Se suponía que este libro debía ser en blanco y negro, sólo textos y algunos dibujos tuyos en pluma, nada más.

–Bueno, pero es que encontré un material que puede interesarte.

–¿Tiene fotos de duendes al menos?

–Algo así.

–Veré qué puedo hacer. Paso mañana a las 9:30 por tu casa.

–Tendré el rollo listo para revelar y el texto que lo acompañará.

Flores del jardín de los Ellyllon

18 de enero

El sol, que iluminó la puerta principal de la estancia cerca de las 5:30, me encontró mirando el horizonte, sentado en una roca redondeada por los vientos feroces de un desierto que había decidido apartarse de aquel vergel, y sólo una brisa fresca movía las hojas de los árboles, en las que nada pude ver. No quise acercarme al patio trasero ni a la cocina, porque temía que la cocinera pensase que no había cumplido con su orden de dormir. ¿Quién puede dormir cuando cree haber visto seres fuera de cualquier nomenclatura botánica?

Antonia, o al menos así la llamaban los Ellyllon, salió abrigada con una capa de telar con figuras geométricas rojas, negras y blancas.

Tenía sobre la cabeza una vincha de la que colgaban algunos objetos de plata tallada con formas redondas y cuadradas.

—Desayunará en el camino —dijo mirando el horizonte—. El guía ya llegó y no quiere esperar. Se viene el furufuhue por la planicie y tendrán que estar cerca del refugio para entonces.

—¿Qué es el furufuhue?

—No se apure que todavía no he contestado a su pregunta de anoche —se paró frente a mí con los brazos extendidos al cielo, agradeció en lo que puede haber sido lengua araucana, y luego tomó mi rostro por ambos lados y fijó su vista en mí—. ¿Está seguro de querer ver el mundo de las hadas?

—Por supuesto, ya he visto antes algunas en Europa.

—Cree haber visto. Conozco la bruma que rodea al que busca en hierbas y trances el conocimiento. La mente es poderosa y la imaginación puede ser un enemigo para quienes viven en el mundo de los seres de la naturaleza. Quien adquiere el poder para ver el mundo sutil también abre en su interior el camino a otros conocimientos, pero no todos soportan la responsabilidad que acarrea.

No entendí la frase, ni siquiera ahora que la escribo, pero al instante mis ojos se nublaron y la más profunda oscuridad me envolvió: estaba ciego.

—Por unas horas no verá nada. El guía lo llevará, pero antes le contaré la historia de los joshil, o al menos la que me contaron.

Nunca sentí tanto miedo como en aquel momento. No sabía en quién confiar ni hacia dónde me dirigía. Escuché las voces de los joshil, sentí los pasos del guía a mi lado, del animal de carga que llevaba las provisiones y me aferré a la voz de Antonia que aceptó acompañarnos un trecho para que me sintiera más aliviado.

Ahora que escribo estas líneas en el refugio, me doy cuenta de que no he saludado a los Ellyllon. Espero que la cocinera les dé mis recuerdos y les solicite que guarden mis pertrechos que Antonia no incluyó en la carga, quizás para no sobrecargar al caballo.

Los joshil (los espíritus del bosque)

Cuando las tierras al sur de la Patagonia no habían sido pisadas por el tiempo, los hombres desterraron a las mujeres del liderazgo de los onas, luego que éstas hicieran enfadar a los dioses por disfrazarse como ellos.

Fue un momento de dolor que aterrorizó a los pequeños, que viendo el odio entre los mayores, huyeron espantados hacia el bosque.

Al principio, los niños vivían apretados dentro de troncos huecos y luego en cuevas frías y oscuras, escapando de las voces de los padres que los llamaban con pesar. El tiempo pasó sobre las tierras del sur. Los niños habían hecho un juramento: jamás crecerían ni volverían a hablar con los mayores.

El bosque y sus espíritus les regalaron los secretos para camuflarse, para tornarse casi invisibles a los ojos: el zorro les regaló pelo para sus cuerpos, de manera que los gélidos inviernos no los mataran, la liebre les enseñó cómo correr con agilidad y el sapo los adiestró para saltar con facilidad por encima de los árboles. Así nacieron los joshil, quienes fueron aceptados por los seres de la tierra como protectores de los bosques y de aquellos injustamente castigados por sus padres.

Los joshil y la joven esposa

(relatado por doña Antonia)

Hace mucho tiempo, cuando una mujer no podía elegir con quién casarse y los pretendientes podían comprarla por un par de cabezas de ganado, una muchacha fue arrancada de su tierra y llevada del otro lado del bosque, donde la comida era escasa y los vientos no tenían misericordia.

La pobre joven se sentía triste y extrañaba sus tierras, donde el pasto era verde casi hasta el invierno y las montañas frenaban el viento blanco que obligaba a encerrarse en las casas durante varias semanas.

Una noche, y pese a tener mucho miedo de atravesar el bosque, la joven se hizo de coraje y huyó sin mirar hacia atrás, gracias a que su esposo dormía después de haberse emborrachado con licor.

Los árboles la protegieron del viento, pero los sonidos la hicieron caminar cada vez más lento, hasta que la luna le mostró el rostro de un joshil observándola entre los arbustos.

Aterrada, se subió a la primera lenga que estaba a su alcance y no se durmió en toda la noche, atenta al ser que la vigilaba entre las raíces. Al amanecer, los músculos le dolían por la tensión y el hambre era insoportable.

El joshil, que hubiera podido llegar a ella de un salto, sabía de los males que la joven había vivido y estaba allí para protegerla. Esperó a que se decidiera a bajar y se apartó tratando de demostrarle que en sus intenciones no había mal alguno.

La joven no había perdido el miedo, pero entendió que no sería ése su momento de morir. Caminó hacia el norte. El joshil la acompañaba en silencio al principio y luego imitando el canto de los pájaros para robarle de vez en cuando una sonrisa.

En medio del camino, un nahuel saltó frente a ellos dispuesto a devorarse a la muchacha, pero el joshil se paró delante y, hablando en el idioma del tigre, le ordenó que nunca molestara a su amiga. El nahuel, respetuoso de los espíritus del bosque, se retiró sin quejarse.

Casi entrada la noche llegaron a la casa de los padres de la joven. Sólo la madre estaba felíz al verla porque el padre sabía que caería en la deshonra si se quedaba con la hija y el ganado que le había dado el marido, pero cuando quiso enfrentarla, el joshil se interpuso.

El padre no podía creer lo que veía: un pequeño ser que apenas le llega a la cintura lo enfrentó. Sin embargo, su mujer le habló con calma, haciéndole ver que el espíritu del bosque no debía ser contradicho. La joven le prometió que, si la dejaba quedarse y la familia se comprometía a dejar comida y ropa para los espíritus del bosque, aquéllas serían las tierras más ricas de la región. Su familia aceptó y el joshil partió de nuevo al bosque.

Desde ese día, las ovejas ya no se perdieron ni el nahuel los atacó más, ni siquiera los pájaros desbarataron ya las semillas ni los conejos comieron de sus plantaciones. La joven vivió en esas tierras y se casó con un muchacho que ella eligió.

Los joshil podían ser escuchados en las noches tranquilas cantando canciones que sólo la joven entendía y nunca dejaron de visitarla y ayudarla.

18 de enero - 11:40

Lo primero que pude ver desde que salimos de la estancia Ellyllon fue una luz poderosa lastimándome los ojos. Pensé que se trataba del sol, pero de a poco fue tomando la forma de un ser que caminaba junto a mí.

No tardé en relacionarlo con la voz de Antonia. Fijé la vista lo más que pude y el manchón borroso se convirtió en una bruma leve que permitía distinguir su silueta enmarcada por una luz rosa intenso que se volvía en celeste por encima de sus hombros. El guía estaba cubierto de un halo rojo opaco, aunque algunas con vetas doradas y plateadas se escapaban por los bordes de la ropa. El animal de carga (parecía ser un caballo) emanaba rojos, rosas y azules intensos.

Mis manos despedían un brillo blanco rosado que luego se tornó celeste y finalmente desapareció en una distorsión, como si viera a través de un vidrio deformante. Alcé la vista. Mis acompañantes habían dejado de ser cuerpos de luz, aunque todavía puedo "sentir" los colores que los rodean.

Las plantas también despedían brillos, pero yo estaba tan interesado en ver al guía que, a los pocos metros, dejé de captar aquellas distorsiones.

—¿Nahuelfú? —dije deteniendo la marcha.

—Has recuperado la visión —dijo sin detenerse.

—¿Eres el guía?

—Así es —dijo Antonia, parándose adelante y mirando mis ojos como si fuera un caballo del que se quiere asegurar que esté sano antes de comprarlo—. Puedes seguir con él —le indicó al indio—. Yo debo regresar.

—Pero...

Nahuelfú se paró a pocos pasos, encorvado, algo ladeado a un costado y apenas más animado que la última vez que lo vi. ¿Dejaría que me guiara un indio borracho y desalineado?

—¿Qué decides? —Antonia disfrutaba aquel momento—. ¿Sigues con él o te vuelves conmigo?

Deseaba guiarme por algún indicio diferente a su apariencia, pero no conseguía apartar su aspecto de mi mente. ¿Tendría razón Zeballos? ¡No! Debía ver más allá... pero el color a su alrededor era de un rojo que no me generaba confianza. A menos que...

—Iré con Nahuelfú.

La mujer asintió sin levantar la cabeza, no parecía muy feliz por mi decisión.

—Nahuelfú, ¿puede sacarse la piel que lleva sobre los hombros? —el hombre sonrió y la dejó caer al piso. Sentí que sus colores se extendían muy por encima de la cabeza—. Juraría que esa piel todavía lleva la energía roja del puma.

—Lo mataron unos cazadores furtivos hace una semana. El odio y la impotencia pueden leerse en él si uno sabe cómo verlo.

Antonia me abrazó y apoyó su mano en mi pecho, allí donde colgaba el amuleto que me diera Concepción.

—Ella eligió bien. Muy pocos se dan cuenta de que el color del alhue (algo así como el alma) es más confiable que la vista desnuda.

Cuando miré de nuevo a mi guía, ya no se lo veía encorvado ni ladeado. Era un hombre regio, de músculos firmes y su rostro mostraba una astucia que mis prejuicios previos habían atribuido al efecto del alcohol. Todo había sido una prueba, desde el comienzo. La mujer se dio vuelta y apuró el paso de regreso a la estancia de los Ellyllon.

—El furufuhue viene pisándonos los talones, tenemos que apurarnos —casi gritó Nahuelfú mientras tiraba de las riendas del caballo.

Miré el horizonte y una nube de polvo ensombrecía el desierto. Algunos pájaros volaron apurados hacia el norte, huyendo.

El furufuhue (el pez volador de plata)

Cuando el viento sopla en la Patagonia, obliga a los viajeros a cubrirse, cegados por la tierra de los desiertos que corre a gran velocidad, a veces lastimando, a veces arrancando ramas y obligando a caer de bruces al suelo. Es entonces cuando aquel capaz de levantar la vista, sólo a contraluz y siguiendo el silbido del viento, ve al furufuhue arrastrando el viento con su cuerpo refulgente, cubierto de escamas de plata.

Es una extraña mezcla entre pez y águila, del tamaño de una ruca (casa de los aborígenes) y que puede alcanzar una velocidad superior al más veloz de los caballos. Nadie puede asegurar sus intenciones, aunque son numerosas las leyendas que cuentan que el furufuhue ha salvado a los indios perseguidos, envolviéndolos en su manto mientras arrastraba con su furia a los blancos; otros dicen que los ladrones terminan vencidos por sus golpes; y las viejas dicen que se venga del marido infiel o del joven que no quiere hacerse cargo de sus deberes conyugales.

18 de enero - 15:00

¡He visto al furufuhue!

Escondidos dentro del refugio que los guías preparan en medio del desierto, y siguiendo las indicaciones de Nahuelfú, pude verlo. Sea lo que sea que hizo Antonia con mis ojos ha dado resultado.

La tormenta sacude nuestro refugio y parece durar más de lo que esperaba Nahuelfú, pero ha sido buena excusa para ponerme al día con el diario y hablar con mi guía.

No quiso responder a mis insinuaciones acerca de su aparición en Altamirano ni del desvío del tren hasta Azul. Sólo me habló de cómo mis ojos se habrían de "acomodar" a este mundo sutil, pero me pidió que nada de esa charla sea volcado en estas páginas. Respeto su decisión.

–Puede parecerte extraño, pero de vez en cuando viene alguien buscando el camino. Algunos son conscientes de su búsqueda; otros sólo la intuyen. Yo y muchos más hemos sido elegidos para asegurarnos de que aquel que entra no tenga intenciones de conquista sino de iluminación -dejó de mirarme y dibujó varios círculos en la tierra reseca-. Hay lugares que ellos nunca podrán quitarnos.

No me miró, pero entendí. "Ellos" eran los blancos como yo o quienes decidieron un día usurpar la tierra que por derecho les pertenecía. Tuve deseos de preguntarle si conocía a mi amigo Aurelio Antonio de Tounens, el rey de la Patagonia, pero no era el momento apropiado.

–He venido buscando algo más que la visión de los seres de la tierra – dije tras un respetuoso silencio.

–Lo sé. Concepción y Antonia me han dicho que en tu bruma hay alguien perdido, alguien a quien te cuesta amar, pero que respetas. Concepción dijo que era tu padre.

Mientras Nahuelfú consultaba sus amuletos y algunas piedras, revisé mis apuntes y sentí menos odio por mi padre y sus prohibiciones. ¡Cuánto daría por compartir con él este momento y estos dones que merece más que yo!

Viajaremos hacia las montañas. En el camino, Nahuelfú espera encontrarse con otros amigos de los seres de la tierra. Ha mencionado algo acerca de la ceremonia del camahueto y parece muy interesado en que la vea antes que a cualquier otra cosa en estas tierras.

20 de enero

Dos días tardamos en dar con los amigos de Nahuelfú ya que ellos habían recibido la información del lugar donde nacería el camahueto.

Conahuemul, un guía flaco y de aspecto jovial, le aseguró a Nahuelfú que había enviado un cogo, pero éste regresó antes de tiempo porque el paso del furufuhue había borrado nuestras huellas. Ambos cargaron parte de mis pertrechos en su caballo y nos acompañaron a pie. Nuestro caballo pareció cobrar nueva vida y me sentí culpable por hacerlo llevar algunos lujos que jamás podría disfrutar en medio de esta travesía.

21 de enero

Ha llegado la noche y el fogón permitió la charla entre los guías. Si bien la lengua que compartían era el español, la manera en que la utilizaban hacía imposible que entendiera alguna frase completa.

Por lo que pude descifrar, hablaban de las condiciones del clima en diferentes regiones, la aparición de seres y las novedades de sus viajes.

Nahuelfú no estaba de acuerdo acerca de la veracidad del informante

que aseguraba dónde nacería el camahueto y quería evitar a toda costa a aquel personaje, más aún yendo conmigo.

Cerca de la medianoche, uno de los guías se puso de pie y corrió hasta el filo del acantilado donde nos encontrábamos. Aguzó el oído, emitió un silbido con un instrumento de barro cocido que le colgaba de su cuello y regresó a sentarse.

–Viene Huitranalhue.

Me acerqué a Nahuelfú y casi al oído le pregunté quién era ese sujeto que venía.

–Cuéntale –ordenó al que había llamado con su instrumento. Esta vez su pronunciación permitió entender cada palabra y creí ver en sus rasgos más ascendencia europea que india.

–Muchos fuera de estas tierras usan la palabra "elfo" y "duende" indistintamente para nombrar a un grupo de seres de la tierra, así sean grandes o pequeños, buenos o malos. Para nosotros es diferente. El duende es siempre pequeño y tiene muchas razas, y algunos no aprecian a los humanos. En cambio, elfos hay de una sola clase. Son altos como el humano, visten ropas elaboradas y conocen las lenguas del mundo y las palabras de la magia, así como los nombres verdaderos de las cosas.

–Sin embargo, los hay transparentes y un grupo parecen salidos de un molde idéntico –dijo otro guía acurrucado entre las sombras–. Pero todos vienen de la misma raza y entre ellos se entienden, aunque hablen lenguas distintas... a veces se enfrenten.

–Yo no pertenezco a ninguno de esos grupos –dijo Huitranalhue.

–¿Comparte la cena con nosotros? -pregunté en francés.

–No, gracias -contestó con un leve tono danés, pero con una entonación perfecta.

–¿Conoce Gales?

Huitranalhue (el alma del forastero)

Huitranalhue es un elfo europeo llegado antes de la conquista. Muchos especulan que llegó a estas tierras a encontrar la tranquilidad perdida con la expansión del reinado de los hombres. Sus familiares desecharon el orden de castas élfico y se asentaron en lo alto de las lengas, tallando en ellas palacios que se camuflan con el follaje y son invisibles al ojo humano.

En contra de las costumbre élficas, Huitranalhue pareció hastiado del comportamiento humano y se lo puede ver actuando y mostrándose sin recaudos.

Vestido con ropas nobles oscuras, similares a las usadas por los humanos en la Edad Media, recorre los campos con una espada de madera con la cual deja fuera de combate a los ladrones de ganado y lo hace con tal maestría que no los lastima, pero permite que sean atrapados. Se lo ha visto defender otras vidas animales y a los aborígenes en problemas.

Una antigua historia detalla cómo salvó a la hija de una machi y ésta quedó prendada por sus ojos celestes, extraños en estas regiones hasta la llegada de los europeos. Como el elfo la besó desde aquel día los animales la reverenciaron y nada malo le sucedía si caminaba sola por las laderas de la montaña. Ella aseguraba que el canto de los pájaros era su voz relatando historias de antiguas batallas élficas.

-Conozco las siete regiones por donde camina el hombre, conozco sus lenguas y conozco sus vicios –los guías parecían indignados por mi insolencia y sorprendidos por la respuestas del elfo.

–¿Vino usted con los navíos que partieron desde Europa?

–He viajado muchas veces en barcos, aunque si se refiere a las naves que cruzaron el océano, sí, estuve en ellas tres veces durante la era del hombre.

–¿Algún humano viajó a su lado?

–¿Quién es? –dijo en español a los guías. No parecía ofendido ni enojado, simplemente aburrido.

—Está recorriendo el camino conmigo —dijo Nahuelfú.

—¿Ha viajado por mar para saber si vengo de allí?

—No, busco a mi padre, quien pudo haber estado en los barcos élficos.

Huitranalhue miró las luces del cielo, removió las brasas con su espada y eligió una rama fina con la cual prender su pipa. Fumó mientras el mate dio tres vueltas. Cuando habló, lo hizo sin mirarme.

—Muchos humanos quisieron viajar con los de nuestra raza. También los duendes, los gnomos y las hadas nos pidieron venir. Pero sólo un puñado de humanos fueron aceptados en toda la historia. Si tu padre viajó con nosotros o no, es algo imposible de decir.

Dicho esto, guardó su pipa y se fue dando grandes zancadas. Sus ropas oscuras se mimetizaron con la noche y ni los guías, hábiles para ver en la oscuridad, pudieron saber hacia dónde había ido.

26 de enero

Hicimos tres paradas durante la mañana y finalmente almorzamos en una cañada llena de tallas de piedra aborígenes. Conahuemul señaló cuál había sido hecha por él, hacía dos semanas, a varias leguas de allí. Esa piedra le había revelado que podían confiar en aquel que íbamos a ver.

Nahuelfú pidió acampar allí para hacer su propia talla y el ritual.

Los chelcura (la gente de piedra)

Durantes cientos de años, la gente de la Patagonia ha utilizado la piedra circundante para hacer tallas de personas de muy variada altura. Los espíritus de las piedras, agradecidos por adquirir formas tan bellas, dan vida a la energía que los artistas invierten en sus creaciones, y los aconsejan y les dan advertencias cuando duermen, como agradecimiento. Las piedras con estas formas se desplazan a voluntad y se las han encontrado a varios kilómetros del lugar en donde han sido talladas.

En ocasiones muy especiales, las piedras dejan canalizar el espíritu de algún antepasado respetable y sabio, quien advierte de algún acto futuro o un acontecimiento natural de consecuencias trágicas o destructoras.

27 de enero

Nahuelfú parecía más animado después de consultar a los chelura y aceptó ir a la casa del brujo que nos indicaría el lugar donde nacería el camahueto. Caminaba adelante imitando el canto del zorzal patagónico mientras sus amigos llevaban los caballos y yo disfrutaba del paisaje al final de la hilera.

Entramos en un cañadón lleno de vegetación y seguimos un sendero cubierto de hierba. Cuando rodeamos la última elevación, salió a nuestro encuentro un chivo de montaña. Me acerqué para alcanzarle unos frutos maduros a los que no podía llegar y mansamente comió de mi mano.

Sin saber cómo, desaparecí del cañadón y me encontré en un lugar oscuro, saturado de azufre y con el calor de miles de calderas encendidas.

De pronto, el chivo comenzó a caminar sobre sus patas traseras y me agradeció con voz humana por darle de comer.

Desconcertado, le pregunté dónde me encontraba y me aseguró que desde ese día, aquel lugar sería mi morada. También dijo que podía darme por satisfecho ya que le gustaba la carne humana, pero no podía comerse a alguien que lo había alimentado.

Volvió a sus cuatro patas y a golpes de cornamenta me tiró a un pozo.

La oscuridad era tal que creí estar solo, hasta que un quejido me alertó. Busqué en mis bolsillos hasta hacerme del encendedor y pude encontrarme con un elfo muy parecido a Huitranalhue. Estaba muy herido. Parecía que el chivo lo había mordido en varios lados y no lo consideraba buena comida. No tenía agua ni vendas, así que lo acomodé y le saqué con mi pañuelo toda la suciedad acumulada en las costras de sus heridas. Parecía estar en un sopor y apenas balbuceaba.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas más cómodo?

—¿Villiers?

El corazón me dio un vuelco al escuchar mi apellido. Lo miré con mayor atención. No podía reconocerlo como alguno de los guías, y si era Huitranalhue, éste no sabía mi nombre.

—¿Eres tú, Franc?

La respiración se negó a salir por mi nariz, mis pulmones se habían cerrado, las palabras tampoco conseguían inundar aquel aire espeso, mis músculos se negaban siquiera a cerrar mi boca.

—¿Conoce a mi padre? —dije al fin.

—Sácame de aquí, Villiers. Por favor, no me dejes. No podré soportar otro tormento más.

—Te sacaré —decía mientras estudiaba la manera de cargarlo y salir de aquel olvidado rincón en las entrañas de la tierra—. Te prometo que no me iré sin ti.

Un empujón fuerte por la espalda me hizo perder el equilibrio y cuando me estabilicé, ya no estaba en aquella prisión oscura. El sol me obligó a cerrar los ojos. Los guías corrían al chivo con la ayuda de instrumentos que parecían látigos con puntas brillantes.

—¡Esperen! ¡No lo persigan! Debo regresar.

—Está loco —dijo un guía morrudo y de tez más oscura que el resto.

—Tienes suerte de que Lemunao haya logrado agarrarte del cinturón antes de que la puerta al reino del señor del volcán se cerrara.

—¡Pero dentro de la cueva de ese animal había un elfo y conocía a mi padre! Le prometí que lo salvaría y, si lo abandono, lo estaré traicionando.

Ninguno me prestó atención. Cuando llegó hasta mi lado, Nahuelfú se disculpó por dejarme solo durante el resto del viaje y no pude hacerlo callar para contarle mi experiencia.

Hueñauca (el señor del Volcán)

Este ser de fuego mora en las cuevas internas de los volcanes, en aquellos túneles que reciben el calor y la luz de la lava ardiente. Los hombres de la antigüedad eran capaces de hacerle ofrendas a cambio de deshacerse de sus enemigos a los cuales convertía en esclavos de sus minas, pero el temor hacia él era tal, que nadie más lo había visitado. Muchos olvidaron incluso su verdadera apariencia ígnea y prefirieron recordar una forma habitual con la que se aparecía a sus víctimas: un ser parecido a un chivo, de pelaje amarillo y larga barba, capaz de sostenerse en sus patas traseras y caminar como un bípedo. Los guías aseguran que el chivo es una versión que introdujeron los huinca (los no aborígenes) y el hueñauca no tuvo inconveniente en adoptar esta forma ya que sintió que conseguía apoderarse de los incautos europeos con mayor facilidad.

Llegamos a la casa del brujo entrada la noche. Era una ruca de piedra con techo de paja a dos aguas. El fuego estaba encendido y la comida lista.

Al parecer, el brujo había previsto nuestra llegada. Conahuemul me contó acerca de este personaje en voz baja. No quería que el brujo escuchara el relato y se sintiera tentado a ofrecerle al chivo a su prisionero fugitivo.

Fue cuando me dispuse a escribir este relato que recordé la frase de Concepción: "Cruzarás tu tiempo con alguien cuyo tiempo no pertenece a éste y lo traicionarás, pero sólo en apariencia".

¿Será él a quien ella se refería? Estaba seguro. Respiré con alivio. Si su profecía era cierta, encontraría la manera de salvarlo del hueñauca.

El brujo, un hombre algo deforme, de rostro afilado y cabellos tan largos que apenas podía verle los ojos, caminaba de un lado a otro sirviendo comida, escuchando retazos de historias y tocándome de vez en cuando con distintos artilugios para asegurarse de que era confiable. Luego salió y durante unos minutos pudimos hablar más tranquilos.

–Necesito salvar a ese elfo, se lo prometí.

–Mire, Villiers. Usted no sabe lo que dice –dijo Lemunao en un susurro–. Los elfos tienen poderes que los humanos jamás podrán soñar. ¿Por qué piensa que puede salvarlo?

–Deberíamos intentarlo. Al menos contactar a Huitranalhue o a otros de su especie. He viajado desde Europa tratando de encontrar a mi padre y está es la oportunidad que esperaba. No puedo dejarlo allí.

–Buscar a los elfos... Es una posibilidad –dijo Nahuelfú–, pero no tenemos tiempo ahora; tal vez cuando consigamos el cacho.

–¿El qué?

–El cuerno del camahueto.

Miré al resto de los presentes, pero nadie quiso hablar. La cena terminó en silencio y hubiera seguido preguntando si no hubiera irrumpido el brujo que entró junto un duende no más alto que su cintura con bebida y dulces.

–Es un anchimalén –dijo Nahuelfú.

Pronto había en aquella pequeña habitación no menos de quince de aquellos pequeños seres con cara de asustados.

27 de enero

Los anchimalen contaron lo que sabían del lugar donde nacería el camahueto gracias a los cogos. No se sentían muy confortables con mi presencia, pero mis dibujos los entretuvieron lo suficiente como para permitirme trabajar tranquilo e incluso pedirles que hicieran algunas demostraciones de sus poderes.

El que entró en primer término, me llevó al bosque y me mostró a los cogos. Había escuchado que se trataba de aves, pero me llevé una sorpresa.

Los anchimalén (los duendes de fuego)

Pequeños como críos de unos meses, estos duendes incomprendidos gustan de la noche y los lugares tranquilos. Entre sus poderes se encuentra el de convertirse en llamaradas que les permiten viajar por los campos amedrentando a sus posibles enemigos. Algunos han adquirido la habilidad de convertirse en aves negras que emiten cantos agudos y lastimeros.

El hombre ha aprendido a ahuyentarlos con el ruido de metales o espuelazos, lo que demuestra que su aspecto es más aterrador que su maldad.

Trabajan por lo general para los brujos, que les pagan con leche y miel, pero esto no ha mejorado su reputación, y ser los encargados de transmitir a las familias las malas nuevas de una muerte, los ha catalogado definitivamente como seres mal vistos y repudiados. Es por esto que gimen de dolor por la noticia que tienen que dar y lloran por el repudio que sufrirán.

Los cogos (el transporte de los duendes)

Las lechuzas y los búhos han sido considerados en el mundo entero como seres mágicos o relacionados con la magia. Esta creencia parece tener su fundamento en la capacidad de estas aves de poder ver la actividad mágico-etérica. Sus ojos, entrenados para ver en la oscuridad, han adquirido la facultad de percibir las corrientes mágicas y cualquier ataque de seres oscuros con el paso de las generaciones y la ayuda de brujas, de machis y de hechiceros.

Los magos los usan para enviarse mensajes, pero los duendes los usan como medio de transporte ya que pueden relajarse al despegar de la tierra sabiendo que no serán atacados por criaturas malvadas.

29 de enero

Nahuelfú habló conmigo esta mañana y trató de levantarme el ánimo. Sin embargo, se preocupó por dejar bien en claro su posición acerca de las palabras del elfo en la caverna. Los elfos son seres que no envejecen y bien podría suceder que su encuentro con mi padre hubiera pasado hace muchos años. Incluso trató de que comprendiera que si se encontraban juntos cuando el hueñauca los atacó, bien podría ser que ya no volviera a verlo.

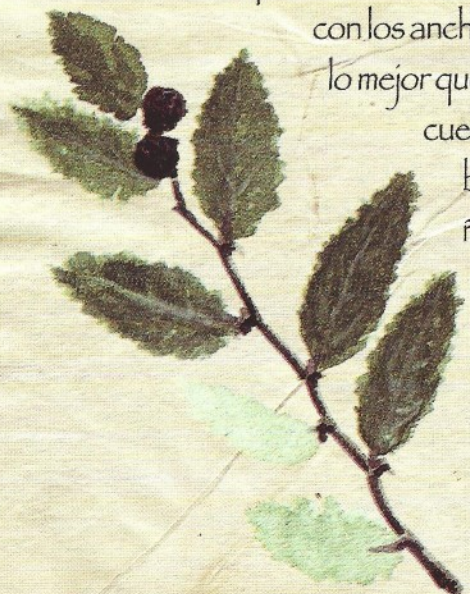
—Lo mejor es pensar que tu padre ha muerto. Concepción me dijo que ésa era tu idea cuando la viste —Nahuelfú me miraba a los ojos, como si intentara encontrar las palabras—. Es mejor que pienses de esa manera.

—No nos ayudará a ninguno que te desesperes. Además, serías un estorbo durante la caza del camahueto.

—¿Qué es el camahueto?

—Es un unicornio. Nuestro trabajo es ayudarlo a llegar a su morada final y evitar que su embestida destruya pueblos, rebaños y bosques. Sus dones podrían ayudarte, entre otras cosas, a saber más acerca de tu padre. Hay una machi que tiene polvo de su cuerno, pero si conseguimos tener el contacto con el cuerno fresco, ahorraremos mucho tiempo.

Esperamos casi todo el día sentados en la puerta de la casa del brujo, con los anchimalén dándonos vuelta. Mientras les cebaba mate lo mejor que pude, Nahuelfú y los guías tejían a mano varias cuerdas con las que aseguraban que atraparían a la bestia. (¿Cómo puede un unicornio ser un animal dañino? ¿Acaso nadie ha leído las leyendas europeas?)



31 de enero

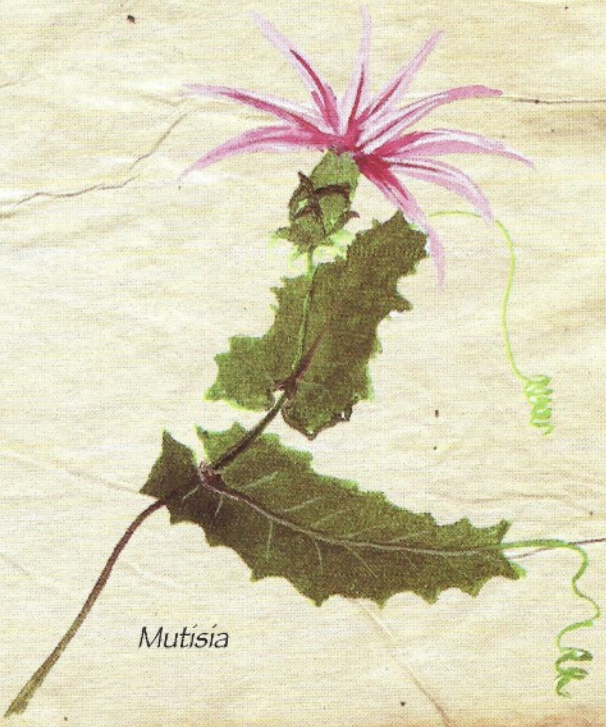
La mañana se presentó muy fría, pese a la época del año.

En los mapas que llevo conmigo he conseguido ubicar dónde estamos.

Apenas detrás de la ladera en la que se encuentra la casa del brujo, está el Huechulafquen, un lago que me han descripto como paradisíaco. Es hacia allí donde iremos, rodeando lo más posible las elevaciones hasta llegar a un manantial marcado por los cogos.

Cerca del mediodía, nuestros labios saciaron su sed en una cascada cristalina donde estaban reunidas al menos cinco personas. Todas ellas poseían algún poder mágico y a ninguna le importaba la cantidad de hadas, duendes y cogos que deambulaban por allí. Nahuelfú me señaló a la más vieja de las mujeres y me dijo que era la machi más importante de las tierras del sur. Por su ropa, sólo parecía una anciana friolenta, tapada con un poncho pesado, pero en su cuello colgaban amuletos muy ornamentados, de sus orejas, unas figuras de plata y, en su frente, se ceñía un pañuelo entrelazado con un collar con cuentas de plata para que la destacaran claramente del resto.

Chaura



Mutisia

El camahueto (el ciervo-unicornio)

Equivocadamente, muchos lo han confundido con un carnero, tal vez desde el advenimiento de los conquistadores, pero en realidad el camahueto es un huemul (ciervo patagónico) con un cuerno recto, espiralado y blanco como la leche que emerge en su frente entre los ojos. Pese a nacer en tierra, su hábitat es el mar, especialmente el océano Pacífico (aunque también se los ha visto en el Atlántico).

Pocos entendidos conocen el momento exacto y el lugar donde emergerá de las profundidades de la tierra. Si bien hay muchas discusiones acerca del punto de su surgimiento, es probable que el indicio más claro sea una pequeña vertiente con poderes mágicos,

que hacen crecer plantas y flores con asombrosa velocidad a su paso. Pese a ser pequeño, el camahueto tiene una fuerza descomunal, y las machis y los calcus son los únicos capaces de detenerlo antes de que destruya poblados, plantaciones o bosques enteros en su desesperación por alcanzar el mar. Para esto hacen un lazo con cuerda de boqui con la que deben enlazar el cuerno y arrancarlo. Esta manera, que al parecer es cruenta, permite aplacar la furia de la embestida y amansarlo para que llegue a su destino sin causar muertes ni hacer peligrar su vida futura, ya que muchos sostienen que, una vez en el mar, le crece un cuerno nuevo mucho más hermoso y transparente como el agua.

Del lugar en el que nace el camahueto brota un arroyo cristalino, y el primer chorro lleno de espuma se convierte en cientos de hadas que cuidan cada flor nacida gracias a la vertiente.

El cacho o cuerno del camahueto es de un poder mágico inigualable y se usa en diferentes pócimas y encantamientos.. Con la raspadura del cacho, las machis preparan pócimas curativas; entre ellas, las utilizadas para restaurar el vigor sexual de los hombres. También se la usa para fabricar ungüentos mágicos, hacer friegas y sanar algunas enfermedades cutáneas: reumatismo, anemias... etc, o para luxaciones, fracturas de brazos o piernas.. Al ingerir una sobredosis de este polvo, el paciente puede quedar "encamahuetado", loco, esquizofrénico ya que muestra manchas en la piel del rostro, los ojos inyectados en sangre y espumarajos en la boca. Los encamahuetados son extraordinariamente fuertes y a veces se ponen rabiosos, casi locos. Los calcus los utilizan para sus fines maléficos y se terminan asemejando a los orcos europeos.

El amuleto hecho con un trozo de cuerno es considerado valiosísimo y de gran poder, aunque sólo los duendes, las machis y las hadas son capaces de soportar el contacto con sus cuerpos sin enloquecer.

Hada de la flor
de la Mutisia

Hada de la flor
de la Paramela

Hada de la flor del Chilco

Hada de la flor
del Molle

Hada de la flor
del Oxalis

3 de febrero

Durante la tarde pudimos descansar. El camahueto dio tal pelea que me vi forzado a unirme al grupo para llevarlo hasta el lugar donde le sacaron el cuerno. Después de eso, me olvidé por completo de todos quienes estaban en la expedición y seguí el arroyo creado por el unicornio para dibujar el centenar de hadas que salían de cada flor, cada planta, cada hongo.

Sólo me detuve entrada la noche, cuando Nahuelfú llegó con algo para comer y varias heridas en los brazos que curé con el botiquín que traía en mi mochila.

Hoy por la mañana nos reunimos para saber cómo les había ido y pude tener el cuerno en mis manos.

Al entrar en contacto con él, sentí la misma sensación de ceguera que en la estancia de los Ellyllon. El mundo circundante fue primero negro, luego una explosión de colores y más tarde un mar de finas hebras de plata y oro viajando sobre olas de colores que mecían los árboles y acariciaban a los animales y a la gente. Entendí a las criaturas de la tierra y supe de su relación con la naturaleza y la importancia de su existencia. Pero yo quería saber cómo liberar al elfo y encontrar a mi padre.

Un camino de luz amarillenta sorteó los árboles, las montañas y los lagos, y me llevó hasta las siete entradas de un valle oculto. En aquel valle pude reconocer todas las razas de elementales que había estudiado en mis años en Europa, pero también pude relacionar cada raza con su contrapartida americana, y vi que mientras los humanos habíamos optado por la conquista, las razas naturales habían elegido vivir en comunión unas con otras, ya sea para bien o para mal, o al menos según el concepto que nosotros le damos a tales valoraciones.

Una de las entradas se desviaba hacia el norte hasta introducirse en un volcán. Allí estaba el pobre elfo, todavía respirando, como otros que compartían, desde otros pozos, su cautiverio. El hueñauca ahora me parecía un ser más aterrador y comprendí el escaso interés que habían mostrado los guías en aquella búsqueda. Mi padre no estaba ahí, pero había pasado cerca y su rastro bordeaba la costa de Chile.

Al tomar aire de nuevo, mis pulmones sintieron el frío de la montaña y mis pies, húmedos por introducirme tantas veces en el arroyo creado por el camahueto, me trajeron a la realidad. La machi tomó el cuerno con un paño y lo guardó.

—¿Es verdad que este hombre desea enfrentar al señor del volcán? —preguntó a Nahuelfú.

—Así es, y al parecer nada lo hará cambiar de opinión.

—Cada uno debe seguir su camino.

—Tal vez, pero la muerte está al final de su recorrido —dijo Nahuelfú taciturno.

—¿Acaso no está al final de cada camino? —la machi se acercó a mí—. De nada sirve morir si no es por algo que vale la pena. De nada sirve vivir si uno no va a hacer lo que debe o siente.

—Madre, si enfrenta al señor del volcán, tendré que acompañarlo.

Miré a la machi y luego a Nahuelfú. Detrás de los años que habían convertido en arrugas el gesto de la mujer y bajo el cabello revuelto del indio había una familiaridad en los rasgos que me sentí avergonzado de no haber adivinado.

—Quedas liberado de tu responsabilidad —dije intentando la mayor dignidad.

—No puedes librarme de mi deber —dijo mirándome casi con desprecio—. No tengo miedo, aunque morir en el volcán no sirva para nada ni valga la pena. Mi obligación es ser tu guía y así será.

—Debe familiarizarse con cada forma de la magia y saber con quién puede contar —dijo la machi pensativa—. No sabemos qué resultará de esta aventura.

—Será mejor que lo presentes a tantos seres de la tierra como puedas mientras cumple con las cuatro misiones.

—¿Las cuatro misiones?

—Así es. Yo te daré tres y de seguro el arunco te dará la cuarta. Primero debes buscar a la coñieuma. Ella tendrá el pago para la sabiduría del arunco ya que él sabe cómo hacer que tu misión tenga éxito. Pero, antes de encontrar al señor de las aguas, deberás convencer al inulpamahuida para que proteja la entrada al volcán. Entonces verás al arunco. Esperarás que él te ayude y cumplirás lo que te diga.

Si el señor de las aguas no puede con el señor del fuego, entonces debes comprender que tu misión ha llegado a su fin.

Para mayor protección, los que vayan deben ser cuatro y los cuatro deben ser diferentes. Lleva el caballo negro: será de utilidad a la hora de avisarles cuando los espectros se aproximen. Un cachorro de la jauría de los brujos, aquel perro blanco que nació de la camada del año anterior, te será de utilidad.

El brujo asintió con respeto. Podía tener desacuerdos profundos con la machi, pero en esos casos no se discutía.

Nahuelfú miró a su madre y habló en un lenguaje de gestos del cual todos parecieron estar ajenos, excepto el brujo, quien dijo algunas palabras en mapuche y luego llamó a sus ayudantes.

Los cogos cargaron a los duendes y viajaron en distintas direcciones

mientras la machi consultaba unas piedras parecidas a las que había consultado Nahuelfú en el refugio.

–Tienen veintiún días para llegar al volcán sin que el hueñauca se entere.

–Llegaremos allí en catorce –confirmó él y la abrazó–. Vamos.

El caballo no necesitó que tomara de sus riendas. Con toda calma nos siguió mansamente, cargado con todo lo que pusieron Nahuelfú y los guías.

4 de febrero

Caminar con Nahuelfú no es sencillo. Él no me espera y parece estar molesto con la misión que debe cumplir. Habla poco y no me atrevo a preguntarle nada.

Durante la mañana bajamos hacia el sur, bordeando una quebrada que nos dejará del otro lado del Huechulafquen. Un par de cogos trajeron al perro blanco envuelto en una sábana. Nahuelfú dijo que no tenía nombre y decidí ponerle Cerbero. ¿Quién mejor para atravesar las puertas del infierno?

–Debes conocer a los hualipeñ. Las hadas dicen que están al final de la cañada.

Apenas movió la cabeza, pero fue suficiente para que prestara atención a las luces que lo rondaban. Nahuelfú estaba rodeado de hadas de diversos tamaños, y todas hablaban y jugaban a su alrededor. Las cabeceadas que daba eran en realidad acentuaciones de frases, aunque no pronunciara palabra.

–Así que no estabas callado… –me escuché decir.

–Al fin prestas atención.

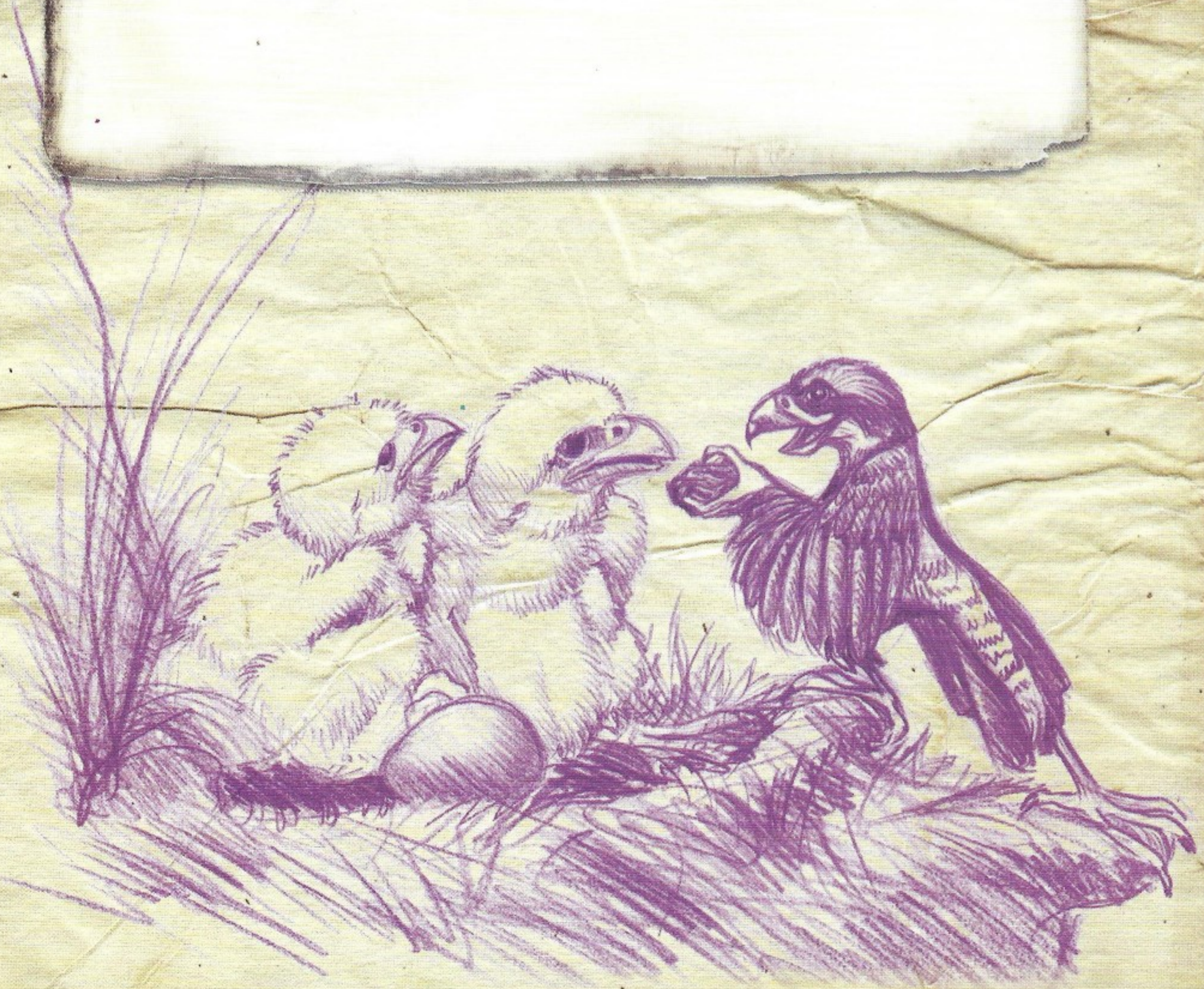
No necesité un gran esfuerzo para sentir los pensamientos de Nahuelfú y las hadas, pero su lenguaje se me escapaba.

Almorzamos en un bosque de lengas. Poco después de terminar con las frutas que habíamos recogido, aparecieron los hualipeñ.

Los hualipeñ (los protectores de las crías)

Estos duendes muy pequeños son los encargados de cuidar las crías de los animales para protegerlas. Como son tan rápidos y tan pequeños, por lo general trabajan en equipos de varias decenas y generan un campo etérico de protección que muchas veces se confunde con un solo ser. También toman la forma del animal que protegen para que las crías no se sientan amenazadas y acepten su ayuda. Muchos relatos hablan sin embargo de raras situaciones en las que los duendes que permanecen demasiado tiempo con esta forma, pierden la noción de su forma etérica y viven vidas comunes como los animales que antes protegían.

Lamentablemente, cuando saben que en una familia humana tendrá un niño débil o enfermo, intentan desesperadamente ingresar para protegerlo, pero la gente ha confundido su acción con agresión o mal agüero y buscan invocaciones diversas para ahuyentarlos.



5 de febrero

Unos de los hualipeñ le contó a Nahuelfú que había visto intensa actividad de hadas de la coñieuma en el norte del Lanín.

Improvisamos un campamento cerca de las Termas de Lahuen Co, cerca de nuestro destino, amparados por un bosque de lengas achaparradas.

Nahuelfú no puede ayudarme en mi búsqueda, así que recorrí solo los alrededores para familiarizarme con el terreno y sentí que era lo primero que enfrentaba con mis propias fuerzas desde que entré en esta tierra mágica.

Por la tarde, recorrimos las cañadas y nos adentramos en un bosque de araucarias, unos extraños árboles con hojas en forma de punta de flecha, duras y cónicas, que se asemejan a enorme puercoespines de veinte y treinta metros de altura. Nahuelfú, jugando con el perro, y yo, guiándome con mi brújula y un mapa tosco de la zona que había corregido varias veces durante el viaje.

Fue cuando el sol encendió las copas de los árboles y cubrió de sombras las raíces, entonces el guía me tomó la mano y el perro gruñó bajo, con miedo.

Escuchamos un estrépito entre las copas de los árboles, y pudimos ver, paralizados por la consternación, cómo se balanceaba entre las ramas el ser más grande de la Patagonia.

Cahuacahua (el troll de la Patagonia)

Muchos suponen que se trata de un ser legendario olvidado en la actualidad, pero su desaparición tiene que ver con que muchos buscan rastros de su paso en la tierra, suponiendo que un ser de tal envergadura (casi tres elefantes adultos de alto) debería caminar derribando árboles. Sin embargo, a diferencia del troll europeo que camina dejando grandes huellas, éste se traslada dando enormes saltos de árbol en árbol.

Es extraño ver una mole de casi diez metros balanceándose en las copas, y entiendo cuando los lugareños lo describen como de más de treinta metros. Cubierto de una masa de pelo espeso y muy largo, el cahuacahua es muy ágil y liviano (es imposible para mí comprender cómo un ser que pareciera pesar cientos de kilos queda balanceándose en un puñado de ramas de araucaria que no posee cada una ni el diámetro de mi brazo). No parece tener ningún comportamiento social, lo que confirma las tradiciones que aseguran que existen muy pocos en la Patagonia. Su vocabulario escaso es potente y va desde un sonido parecido al de una rama al quebrarse hasta el retumbar de una piedra desprendiéndose en avalancha.

Cuentan algunos ancianos que los infortunados que han tenido que enfrentarse a este descomunal ser peludo han perecido por su terrible aliento a animales podridos y árboles en descomposición.

6 de febrero

Me costó mucho conciliar el sueño. Constantemente me pregunto si, cuando cierro los ojos, no es que en realidad estoy despertando. Para los nativos, todos estos seres parecen de la más ordinaria normalidad, pero yo siento como si estuviera atrapado en el sueño caótico de un niño. Nahuelfú me despertó de improviso mientras le gritaba a un chucau. Hasta ahora no había prestado atención a este pájaro que habita en el bosque ni a la importancia que Nahuelfú le daba a sus trinos. Durante el desayuno, su canto paralizó a las hadas y así descubrí lo atento que estaba el guía a su fraseo adivinatorio.

—Nuestro viaje será tranquilo —dijo mientras cargaba los trastos sobre la espalda y emprendía el camino hacia el sur.

El chucau (el ave agorera)

Los seres de la tierra han utilizado durante milenios el canto de las aves para dar consejos o advertir calamidades al hombre. El chucau es uno de ellos. Las hadas que conocemos como "madrinas" (tradicionalmente relacionadas con el casamiento y el nacimiento de los pequeños) anuncian el cumplimiento de sus deseos y gracias a la voz de animales como éste. En estas regiones escuchar los augurios en el canto del chucau se considera como la ceremonia más importante para las damiselas a punto de comprometerse. Sus padres las envían tres días antes del compromiso a la espesura del bosque y esperan allí hasta escuchar el veredicto de este pájaro. Si en su canto se escucha "chucau", entonces el casamiento será venturoso. Si por el contrario se oye "huitroo", es un claro mensaje del hada madrina para que no contraiga matrimonio, so pena de fracasar o vivir en penurias. Los viajeros experimentados también esperan durante su primera jornada el canto del chucau para saber si lo disfrutarán o lo lamentarán.

Nos despertó el relincho del caballo y los ladridos de Cerbero. Apenas visible entre el claroscuro de los árboles distinguí una silueta intentando robar nuestros pertrechos.

—¿Por qué nos teníamos que topar con él ahora? —dijo Nahuelfú sacando sus boleadoras y haciéndolas girar sobre la cabeza.

—¿Qué es?

—El chuviño.

Almorzamos bastante tarde porque Nahuelfú salió a perseguir al duende. Regresó agotado pero feliz y, aunque no me atreví a preguntarle, estoy seguro de que tanto él como Cerbero disfrutaron de la libertad de correr solos por el bosque. Hubiera sido más fácil buscar la flor sin un duende saltando sobre nosotros y haciendo morisquetas y gritando como chucau, llorando como niña o riendo como cabra. Nahuelfú tuvo que perseguirlo una vez más para recuperar una parte del cargamento que había conseguido desatar del caballo. Cerbero lo persiguió lanzando tarascones al aire y gruñidos, cansado de su presencia, un juego que pudo causarle la muerte si el chuviño no lo hubiera tomado como una diversión. Después de muchas horas de caminar sin rumbo fijo, decidí rendirme y volver al campamento donde Cerbero esperaba ansioso su ración de comida mientras Nahuelfú calentaba una sartén con bayas.

7 de febrero

Esta mañana he decidido salir solo. El chuviño ya se ha aburrido de nosotros o habrá encontrado otra víctima porque desapareció.

Es extraño cómo uno se acostumbra a las vidas del bosque. Las hadas pequeñas como mariposas y los duendes del tamaño de un puño, cuidadores de las plantas y animales, merodean de aquí para allá levantando hojas, corriendo ramas y cruzando con saltos ágiles los arroyos... y, pese a ellos, sentía que estaba solo.

El chuviño (el duende mono)

En las selvas o bosques valdivianos habita una especie de duende salvaje que brinca y se balancea de rama en rama, vestido con ropas verdes raídas o pieles de animales. A diferencias de otros elementales de su especie, que viven en comunidades y cuidan de especies animales o ayudan a los humanos, los chuviños se dedican a divertirse todo el día y son aficionados a las bromas como los hacen los pixies ingleses.

No es extraño que los viajeros de estos bosques se exasperen por las constantes bromas y chanzas de estos incansables duendes. Incluso pueden convertirse en viajes peligrosos si la víctima se enoja demasiado y comienza a maldecir, gritar y revolear piedras y ramas. Esta actitud puede asustar al duende que, con el mismo tratamiento, puede enardecer a cualquier bestia y ésta atacar al pobre viajero.

Cerca de las cuatro, después de comer un trozo de carne salada y unas manzanas, llegué a un salto de agua y me senté para pensar cómo seguiría con mi infructuosa búsqueda.

—¿Está perdido, mi señor? —dijo una voz en la roca por encima de mi cabeza.

Salté pensando que se trataba del chuviño, y me encontré con un duende bajo vestido de blanco.

—Disculpe por mi alarma —comenté regresando a mi lugar—, pensé que era otro ser.

—Lo sé, he visto cómo los molestaba el chuviño. ¿Puedo ayudarlo?

—No lo sé. La machi me pidió que buscara a la coñieuma, pero no puedo perder tanto tiempo mirando cada flor y cada tronco.

—¿Por qué no usa su visión y se olvida de los ojos?

Desde hacía semanas había dejado de impresionarme con aquellos que sabían más de mí que yo mismo. Obediente, cerré mis ojos, busqué ese recuerdo que poseía de mis experiencias con el aura de las cosas y, cuando volví a abrirlos, el bosque era una interminable sucesión de cascadas de luz. Busqué sin moverme y pronto di con una flor que destilaba rayos amarillos y plateados.

—Gracias —dije al amable viejito.

—Nada hice, usted es quien tiene la visión. Yo sólo pregunté.

Se levantó con dificultad y lentamente ascendió cascada arriba perdiéndose entre las rocas.

Llegué al árbol casi corriendo. Verifiqué que la flor estuviera allí y puse algunas marcas para recordar el camino de regreso.

Nahuelfú estaba sorprendido por mi éxito y levantó el campamento con celeridad mientras me hablaba del cuca blanca. Antes de que el sol cayera, estábamos cocinando la cena a cinco pasos del árbol con la flor púrpura.

Cuca Blanca (el duende blanco)

Este duende de apenas sesenta centímetros y ropas inmaculadas pasa sus días ayudando a los caminantes extraviados.

Muy pocos tienen ocasión de verlo, pero todos saben que su canto semejante a un pájaro. "¡Cuca! ¡Cuca!" indica el camino correcto.

8 de febrero

El mate estaba caliente cuando desperté. Nahuelfú había ubicado dos piedras que hacían las veces de asientos, y miraba la franja de sol descendiendo minuto a minuto por el tronco del árbol.

Apenas había terminado la segunda ronda de mates, cuando la flor se desperezó al sentir el primer rayo de sol sobre su superficie.

Me puse de pie y esperé que la flor mostrara al hada para comenzar a cavar.

–¿No podríamos haberlo hecho antes de que la flor se abriese? –pregunté afligido por el incesante llanto del hada que se apagaba al tiempo que la flor se volvía a cerrar para protegerla.

–En estas tierras respetamos las tradiciones. Además, si vas a llevarte el oro de un hada, debes permitirle al menos ver la cara de quien la descubrió.

–Vamos –dijo Nahuelfú mientras comenzaba a levantar el improvisado campamento.

–No, espera.

–¿Qué sucede?

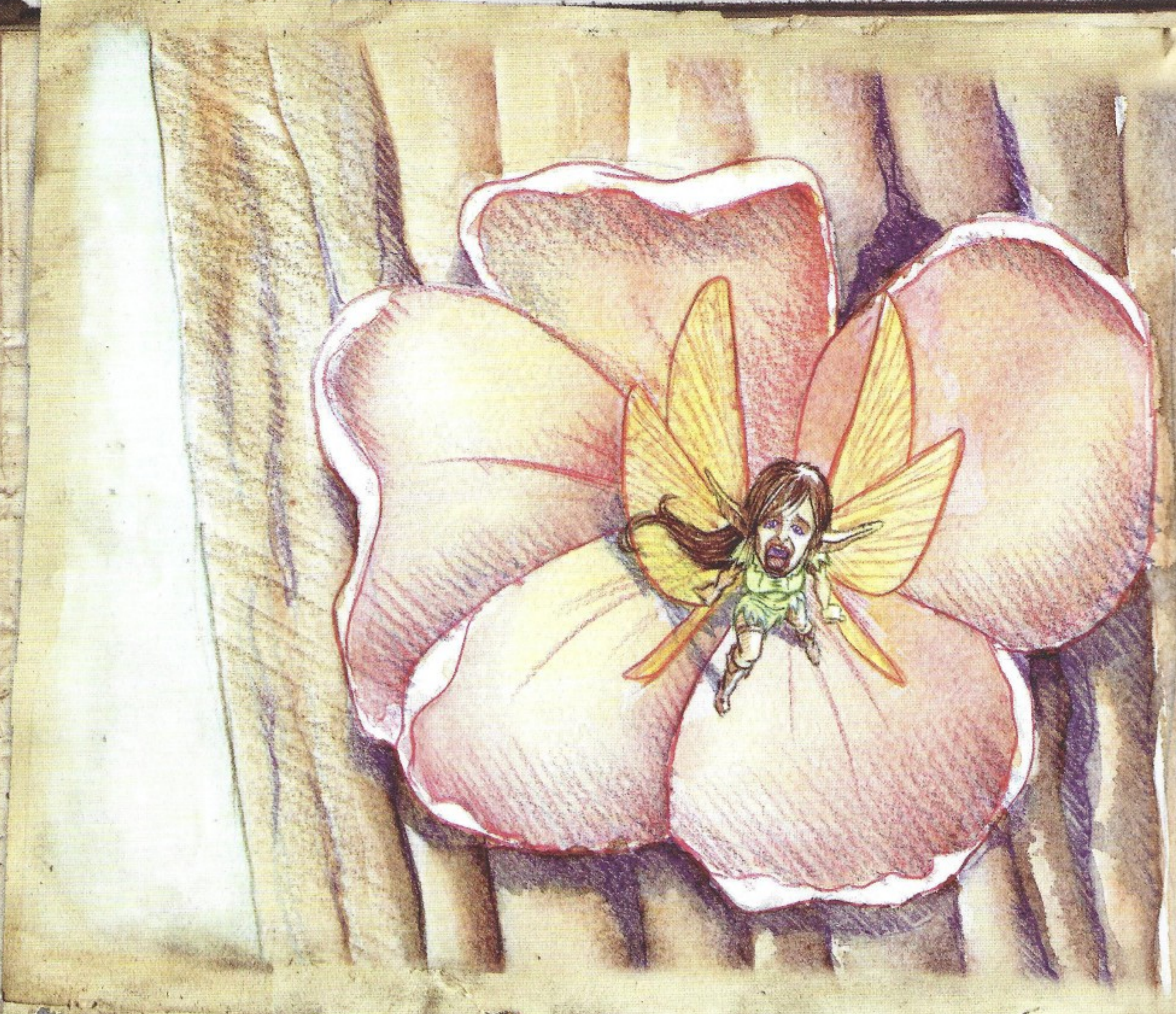
Me volví hacia la flor y acaricié sus pétalos suplicándole que se abriera.

–¿De qué manera puedo recompensarte por el oro que me das?

–No te preocupes, sabemos cuál es nuestro destino y no nos quejamos de las leyes. Has conseguido el oro y mi reina hará lo que debe conmigo.

–Pero... ¿no puede haber algo en mis valijas que te sea de utilidad y así suplir el oro?

El hada estaba tan sorprendida como mi guía, pero la curiosidad fue más fuerte que sus reglas y saltó de inmediato hacia el caballo, impaciente por ver el contenido del primer baúl.



La coñieuma (la niña milagrosa)

Años de tradiciones orales y relatos vagos e imprecisos han deformado levemente la verdadera aparición de este personaje feérico.

La coñieuma es una flor que se encuentra adherida a los árboles y que, al abrirse, da lugar a la aparición de otra flor, más pequeña y de pétalos dorados, que se transforma en una muñequita que llora como los niños pequeños. Cuenta la tradición que la flor llora al detectar al intruso y que si éste cava al pie de aquel árbol, hallará un tesoro.

La realidad es que la coñieuma es el mejor lugar para que descansen las hadas viajeras de alas de libélula, en especial cuando deben cubrir grandes trayectos. Estas hadas en general cumplen misiones encomendadas por sus reinas y llevan monedas de oro por cualquier contingencia. La costumbre indica que deben enterrar este pequeño tesoro al pie del árbol para no ser robadas por los huecufes.

Si al abrirse la flor por la mañana, un intruso la ve desperezarse, es probable que confunda sus alas doradas con una flor más pequeña, y no cabe duda de que sus gritos de desesperación, tan suaves por ser un hada tan diminuta, sean confundidos con un llanto. La flor, que se relaciona empáticamente con el hada, se cierra de inmediato para protegerla, sin saber que la tradición ya ha hecho popular el escondite del oro.

—¿Qué es esto?

—Es una cajita con un juego de campanitas de cristal. En el lugar de donde vengo se usan para llamar a la servidumbre.

—¡Oooh! —estaba fascinada, y casi se desmaya de placer al escucharlas sonar.

Estaba a punto de aceptarlas, como pago exagerado por el oro, cuando vio un salero pequeño y ya no supo qué elegir.

—Quédate con ambos. Te los mereces.

Lloró y cubrió mi cuerpo con su luz.

—Llegará el momento en que me necesites. Entonces llámame con la voz que surge sin mover los labios y allí estaré.

Tomó las cosas con dificultad porque casi la triplicaban en talla y quintuplicaban en peso, y realizando un tirabuzón, se desvaneció en el aire.

Nahuelfú miraba la escena con sorpresa y, aunque no dijo nada, supe que desde entonces tenía más respeto por mí.

9 de febrero

Felices por el éxito del día anterior, nos dirigimos a los yermos elevados para encontrar al inulpamahuida

Nunca imaginé que hablar con un árbol fuera tan difícil.

Cuando lo descubrimos escalando un monte, tardamos apenas una hora en darle alcance, pero cuando llegamos, se quedó inmóvil y nada parecía hacerlo despertar.

Recién cuando le mostré los amuletos de las hadas, la machi y el indio, comenzó a moverse y no se detuvo hasta que terminé mi relato. Crujía, se mecía, silbaba al viento y me interrumpía con preguntas intrascendentes, como si el elfo tenía una camisa blanca, o si el camahueto poseía un cuerno más alto que mi brazo extendido.

Los inulpamahuidas (los troncos caminadores)

Este ser con cuerpo de tronco, pies como raíces que no se hunden en la tierra y brazos como ganchos en las ramas, es en realidad un aliado de la machi ya que la ayuda contra aquellas plantas y árboles malditos que habitan en el bosque. Avisa con su quejido la llegada de las tormentas y ni el fuego ni el rayo pueden destruirlo pese a que su cuerpo es de madera seca.

—Si la machi te ha pedido que vinieras, entonces cuenta con mi ayuda. Iré con los míos al volcán y haremos guardia en los alrededores. No esperes intervenciones grandilocuentes de nuestra parte, pero si continúas vivo después del primer día dentro de los dominios de hueñauca, agradécenos con un canto y promete regarnos con agua de hadas.

—Si continúo vivo, así será.

10 de febrero

Nos encontramos al sur del volcán Lanín. Cuando lo veo con sus nieves eternas como fondo del paisaje, tengo la sensación de que el hueñauca me vigila desde su trono, esperándome.

Nahuelfú dice que nos alejaremos para ir hasta el lago Curruhué Chico y con suerte nos encontraremos a unas coñilauquen amigas suyas. Ellas nos dirán en qué arroyo o río está ahora el arunco.

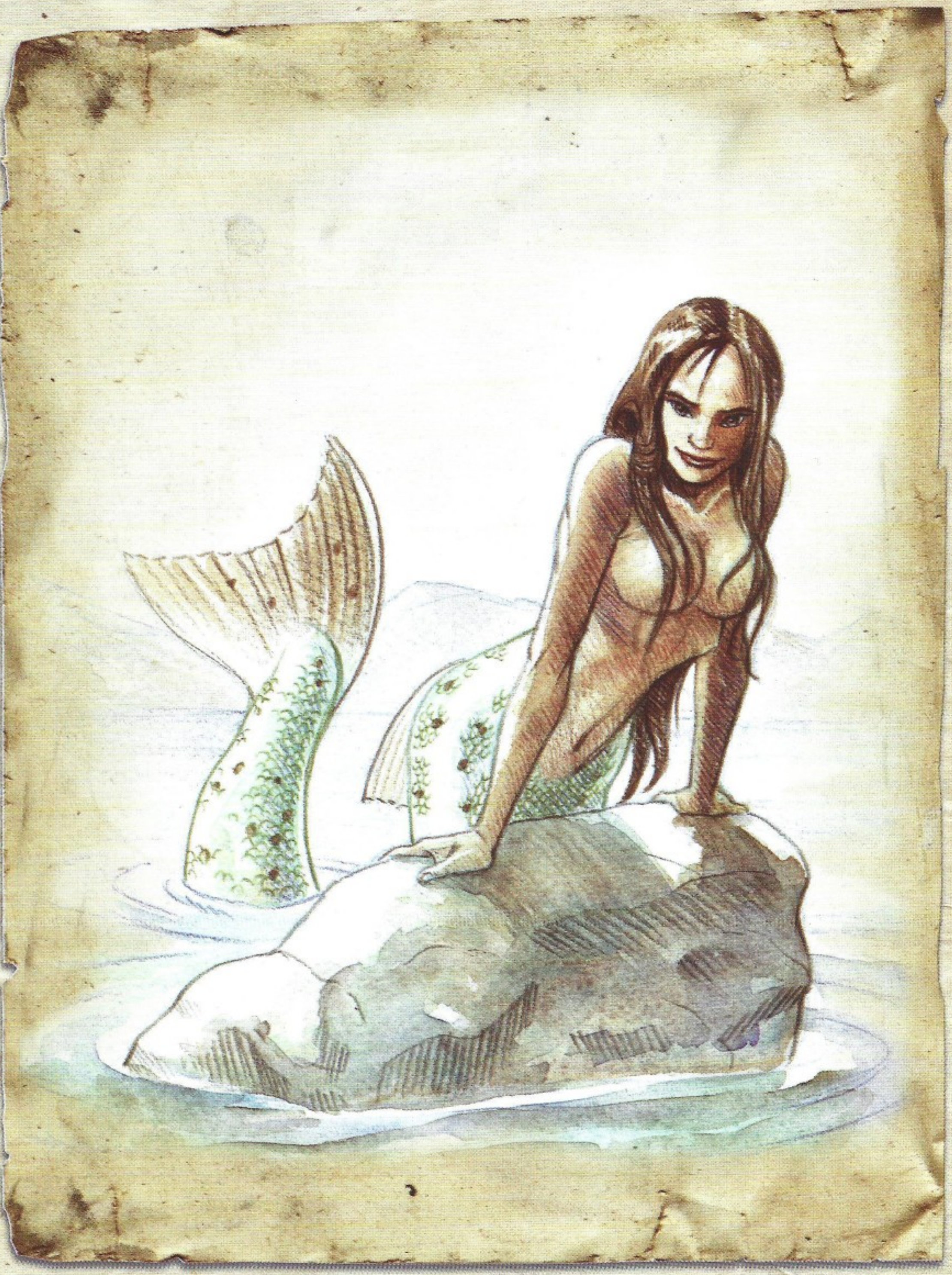
Las coñilauquen (las niñas del lago)

Las sirenas aparecieron sobre la faz de la tierra al mismo tiempo que los lagos, los ríos, los arroyos y los mares. Es común que la gente confunda las sirenas marinas con las que viven en los lagos, pero se trata de especies diferentes y con más variedades, de acuerdo con los continentes.

Las coñilauquen habitan cada uno de los lagos del sur patagónico y son más pequeñas que una sirena de mar, o sea, que alcanzan a lo sumo el metro sesenta, como máximo.

Mientras que la piel de las sirenas de mar es pálida como la de la mayoría de los seres etéricos europeos, aquellas que habitan el sur americano son más morenas; lo cual les confiere una belleza inusitada ya que mantienen en su mayoría los ojos claros y los cabellos oscuros.

Las sirenas patagónicas han conseguido un equilibrio con los hombres y, si bien protegen a los peces de los lagos que habitan, les permiten pescar siempre que no se excedan. Existen numerosos relatos de la voracidad del hombre que es castigada por las sirenas, quienes dan vuelta los hampus (barcos) como advertencia cuando pescan más de lo necesario.



10 de febrero - 21:30

Las sirenas cantaron para nosotros, nadaron haciendo figuras y nos contaron relatos que no tengo tiempo ahora de transcribir en este diario. Sólo diré que entiendo a los marinos que se lanzaban al agua, embrujados por el canto de estos seres en alta mar.

Cuando nos dijeron dónde podría estar el arunco, Nahuelfú siguió la ceremonia tradicional de despedida y nos alejamos. Recordando una promesa, regresé y les pregunté el nombre de aquella que gusta de peinarse en las rocas mientras canta.

—Todas hacemos eso —una de ellas sonrió con picardía—. ¿Qué nos darás a cambio del nombre?

—Aquella que primero me dé su nombre recibirá algo muy especial.

—Mi nombre es Yupehue —dijo la más joven.

Saqué de mi diario el tesoro y se lo lancé. La moneda de cobre brilló con el sol y las sirenas aplaudieron de gusto.

Querido amigo, estés donde estés he pagado por saber el nombre de aquella sirena que habitaba tus recuerdos con una de tus monedas. Nunca será mejor utilizada.

Cuando nos íbamos, Yapahue me llamó, se lanzó al agua y emergió en la costa, apenas unos pasos a mi derecha.

–Esta mañana ví a la fiura merodeando en una de las cascadas. Tengan cuidado.

Nahuelfú no dijo nada acerca de mi intercambio con las coñilauquen, pero agradeció la información y decidió regalarme algunos relatos sobre la fiura, aunque antes juntó de la orilla un puñado de arena y se lo guardó en una bolsa de piel que tenía atada a la cintura. Yo tampoco le pregunté nada.

La fiura (la mujer del lago)

La fiura es la hija del trauko. Encorvada y gorda, de brazos fuertes y enormes pies, muchos creen que es un ser maligno por lo repugnante de su aliento y su horrible aspecto, pero en realidad es un ser resentido porque no existe hombre sobre la tierra que la desee, y su mayor anhelo es ser amada y tener hijos.

Es por esto que durante incontables años aprendió a cantar con la voz más bella que existe y atrae a los incautos imitando a las coñilauquen, escondiéndose en las caídas de agua o en lagos con costas llenas de arbustos, donde puede disimular su hedor.

Se la ha descubierto intentando raptar a los niños que las madres dejan sin vigilancia, pero sólo porque desea cuidarlos como propios. Sus manos infectadas deforman o atrofian aquella parte de los hombres que tocan, por eso siempre se trata de ahuyentarla.

La fiura y el bebé

Cuentan que una vez la fiura se bañaba en una vertiente del Copahue y vio llegar a una mujer llevando un hermoso bebé de pelos oscuros como el ónix. Sin perder tiempo, terminó su canto y se sumergió hasta que sólo sus ojos y sus mugrosos cabellos quedaron expuestos. El olor del azufre no le permitió a la mujer sentir el fétido olor de la fiura y se sentó apenas a un salto de liebre de ella.

La mujer venía del norte y no cabían dudas de que dolorosamente había cruzado terrenos demasiado escarpados para su condición física, tenía los pies sangrando y los brazos estaban hinchados y amoratados. Dejó al niño envuelto en una manta y se desnudó para sumergirse en las aguas cargadas de azufre.

La fiura observó con odio a la mujer por tan hermoso hijo, pero la embargó de pronto una terrible pena al ver sus moretones y heridas. La mujer lloraba con angustia al comprender que nunca llegaría a la casa de su familia, en las costas del Aluminé. Su hijo había perdido a su padre al derrumbarse su ruka hacía tres soles. La mujer intentó sanar sus heridas con el agua curativa del volcán, pero la muerte no tardó en reclamar su vida.

La fiura vio cómo la pobre madre desaparecía entre las aguas.

Miró al hermoso crío que lloraba de hambre y soledad. Le cantó y éste sonrió embelesado. Se apresuró a tomarlo de la cintura para alzarlo y el grito del niño fue desgarrador al sentir que su piel le quemaba como si hubiera sido tocado por brazas encendidas.

La fiura lo soltó de inmediato y se sintió asqueada por su propia suerte, por su toque mortal y por haber corrompido a un ser tan bello.

Decidió que el bebé debía correr mejor suerte que sus padres y por primera vez sintió calor en su corazón. Tomó al bebé con cuidado por la manta y lo llevó río abajo sumergiéndose por canales que el hombre jamás ha soñado explorar y que la llevaron hasta el lago Aluminé.

La fiura emergió con el bebé, dormido una vez más gracias a su canto. Lo dejó a los pies de su abuela y regresó con lágrimas en los ojos que nadie vio, salvo el bebé. Desde entonces ese niño amó los lagos y se compadeció de la fiura a la que visitó durante toda su vida para contarle sus historias sin importarle su olor ni su fealdad. Sólo dos pequeñas cicatrices dejaron la marca de aquel encuentro.

11 de febrero

Nuestro encuentro con la fiura no fue tan grato. La vimos desde lejos bañándose en un salto de agua en la orilla norte del Lolog y Nahuelfú me permitió tomar unos apuntes.

Habían pasado unos quince minutos cuando sentimos un ruido como de hojas secas arrastradas por el viento. Yo no le di importancia, pero Nahuelfú me empujó detrás de unas piedras. Cuando me dejó levantar la cabeza, tenía ante mí al ser más espeluznante que había visto hasta entonces en aquella travesía: un trauko.

El trauko

Llamado también truko, trauku, thrauku o pompón del monte, es uno de los tantos seres con varias versiones acerca de su verdadera apariencia. Muchos relatos lo describen como un gigante y otros como un enano. Esta divergencia se debe a cierto poder que ostenta este ser multiforme. Es frecuente verlo como un enano cuyos pies no tienen dedos y con una barba larga que arrastra por el suelo. Viste ropas tejidas con una enredadera llamada quilineja y se asemeja mucho a los orcos europeos o a los ogros, con la diferencia de que puede crecer a voluntad hasta alcanzar varios metros de altura.

Amante de la naturaleza, pasa incontables horas sentado sobre un tronco viejo, aunque su placer mayor es atacar a las doncellas que se aventuran solas en el bosque, enamorándolas bajo la apariencia de un apuesto príncipe.

En el sur de Chile recomiendan a los guías mantenerse alerta si uno ve a la mujer del lago bañarse o peinarse junto a una cascada ya que su padre suele andar por los alrededores.

Tiene una increíble habilidad para columpiarse en los árboles, y su ataque sorpresivo suele ser mortal ya que su mirada puede matar al desprevenido y su toque deformar las extremidades.

La única manera que se conoce para salir con vida de un encuentro con el trauko es la utilizada por las madres de las doncellas, quienes dejan un puñado de arena en el suelo. Obsesionado por el brillo de los cristales, este ser se entretiene contando cada grano y olvida a su víctima, que puede escapar.

—Sería bueno que no nos viera —dijo el guía apretado contra el piso.

Pero, mientras terminaba la frase, ambos supimos que no tenía sentido, Cerbero ladraba a todo pulmón y el trauko caminaba bamboleándose sobre sus piernas como troncos, gritando aun más fuerte y despidiendo un olor a coles podridas. En una de sus manos tenía una vara con un gancho atado a la punta que blandía con peligrosa destreza. Cerbero apenas escapó de los embistes por su rapidez y escaso tamaño. En el lugar donde nos encontrábamos, la costa era básicamente de piedras lisas como grandes lajas. Nahuelfú lo llamó con voz firme y se paró en el extremo de la roca que más cercana estaba del agua. El trauko no dudó en seguirlo y apuró el paso encorvando sus hombros hacia delante, dispuesto a saltar si Nahuelfú se lanzaba al agua. Pero no lo haría, menos con la fiura acercandose para ver qué sucedía con su padre. Durante una fracción de segundo pensé que Nahuelfú estaba dando su vida para que nos salvaramos Cerbero y yo, pero sacó del bolsillo un puñado de arena y lo vertió sobre la piedra en un montículo. El trauko, como hipnotizado, dejó caer su arma y con sumo cuidado se arrodilló ante lo que a sus ojos sería un tesoro, porque no volvió a prestarnos ninguna atención.

Nahuelfú me tomó del brazo y huimos por una senda que se internaba en el bosque.

12 de febrero

Luego de recorrer todos los afluentes del Lolog, dimos con el arunco. Después de nuestro encuentro con el trauko, esperaba encontrarme con otro ser grotesco y gigante, así que me sentí algo molesto cuando Nahuelfú me señaló un sapo enorme sentado en una roca tomando sol.

Mi guía conocía cada uno de los rituales que se requieren para hablar con este ser y me pidió que mantuviera cierta distancia hasta estar seguro de que nos recibiría.

El arunco (el señor de las aguas)

Mucha gente que lo ve cuidando de lagos o arroyos lo confunde con un sapo grande (el *Calyptocephalus Gayi*), pero, en realidad, se trata de un elemental antiquísimo al que las ondinas le han asignado la misión de preservar las fuentes de agua y el nivel de los lagos. Si bien puede adquirir la forma de un sapo más grande de lo habitual, también se lo puede ver con su forma original, bastante más parecida a una persona gorda, de boca extremadamente grande y ojos saltones. Su piel sigue siendo la de un sapo pero, en algunas ocasiones, le sale una cabellera dura y oscura que le recorre la espalda y lo confunde con los pastizales circundantes. No le resulta cómodo vestirse, pero en el invierno puede vérselo con un poncho o una túnica, y en verano con un taparrabos. No es muy conversador, pero se lo tiene en alta estima por su sabiduría ancestral ya que suele vivir varios cientos de años.

Las palabras que intercambiaron parecían una mezcla de balbuceos, croares y siseos, y por momentos, los movimientos de Nahuelfú me obligaron a contener una carcajada.

El arunco me miró con sus ojos saltones y descubrí una mirada tan profunda y antigua que me avergoncé por compararlo con un batracio.

—¿Qué buscas?

—Busco a mi padre, pero antes debo entrar en las tierras del Hueñauca y salvar a unos elfos.

—¿Buscas redención salvando a unos condenados?

—No. Aunque me gustaría decir que lo hago por heroísmo desinteresado, debo reconocer que quiero salvarlos para obtener información.

—La sinceridad es un poderoso amuleto para hallar camaradas, pero ya han venido otros como tú y nada ha cambiado a mi favor.

—Tengo algo que la machi me mandó buscar para compensarlo por su ayuda —saqué entonces la bolsa con oro y la deposité en la piedra delante de él.

El arunco me estudió desde la cabeza a los pies y, cuando pareció conforme, me dijo:

—Se supone que obtendría ciertos favores de las hadas si les devolvía su oro, pero me he enterado que les has dado algo todavía más valioso.

Nahuelfú pateó la tierra frustrado.

—No importa —dijo—. Hace mucho que no veo a un humano tener un gesto como ése y ya sabré cómo darle uso al oro. Encuentra al carbunclo, atrápalo y recibe sus dones. Si los obtienes y si tienes los aliados que esperas, podrás cumplir tu misión.

—Gracias —dije.

El arunco habló con Nahuelfú y se lanzó al lago sin dejar rastros.

13 de febrero

Estamos retrasados un día según Nahuelfú, pero aún estamos a tiempo de llegar al volcán sin que el señor del fuego se entere.

Descansamos por la tarde en un campo de pastizales secos y las cüleng culeng nos proporcionaron comida y agua fresca.

16 de febrero

De no ser por la ayuda de las culeng culeng, jamás habría dado con el carbunclo. Sin embargo, atraparlo fue algo fuera de mis posibilidades.

Dos días enteros lo perseguí y tantas veces como lo tuve al alcance de la mano lo perdí entre los matorrales. Tantas veces lancé mi red hecha con lianas y otras tantas terminé amorotonado reparándola para volver a la carga.

Finalmente, conseguí atraparlo en la noche del 15 y tardé hasta el amanecer para recuperarme de la experiencia de recibir su poder.

Al abrir los ojos encontré a la coñieuma flotando sobre mi nariz.

–Mis hermanas del pastizal han pagado mi deuda. Espero que sepas usar este poder con la misma sabiduría que usaste mi oro –me besó con sus diminutos labios de luz y desapareció entre las matas.

Las culeng culeng (las hadas veloces)

Cada planta, cada animal, cada mineral tiene su elemental que lo protege y lo cuida. Los pastizales no son una excepción. Si bien son miles diseminadas por toda la Patagonia, cada una de estas hadas debe velar por la integridad de inmensas zonas, por lo cual se trata de seres que pueden desarrollar altas velocidades y cubrir grandes distancias en poco tiempo.

Las culeng culeng tienen casi el tamaño de un águila pequeña, y su vuelo genera un silbido similar al del viento nocturno. Son amigas de ciervos y cabras, pero odian a los roedores que destruyen los tallos y las semillas.

Los cultivadores no tienen trato directo con estas hadas, pero existen varias historias en las cuales la cooperación entre ambos ha generado prosperidad a los campos plantados, siempre que mantengan lugares silvestres para preservar la ecología.

17 de febrero.

Quizás sea mi deseo de sentir que el carbunclo me ha pasado parte de su magia al cuerpo, pero estos días han sido de regocijo por estar en la Patagonia.

El carbunclo (el gigante bicho con luz)

Pocos pueden considerarse tan afortunados de haberse cruzado alguna vez con un carbunclo. Este ser de seis pares de patas, con dura armadura facetada oscura, parece un bicho bolita superdesarrollado sin mayor interés que su posible clasificación zoológica. Sin embargo, este ser mitológico es en realidad una criatura de luz etérica pura, y esta fluorescencia emana por los bordes de sus coyunturas.

Cuando alguien intenta atraparlo, se estira en el piso de tal manera que sus placas quedan cubiertas unas con otras y se mimetiza con la oscuridad del suelo, sin dejar ver su luz interior.

Aquel cazador afortunado que ha atrapado uno se ha convertido en un alegre afortunado ya que el carbunclo le brinda su energía al poseedor hasta desvanecerse y, como su composición es mágica, la luz convierte al cazador en una persona saludable por encima de cualquier mortal. Desde ese momento, sus manos conseguirán realizar proezas imposibles y sus piernas lo llevarán a lugares inaccesibles.

La machi nos alcanzó cerca de la entrada a la cañada del Lanín y felicitó a su hijo por la tarea realizada. Se acercó a mí, me abrazó y puso la mano en la frente para bendecirme. Entonces tomó su cultrún y cantó una melancólica tonada que todavía colgaba de los árboles aunque su figura ya había desaparecido en la espesura.

–¿Sabes que ya no nos veremos, verdad? –dijo Nahuelfú.

–Así es, amigo mío –coloqué la mano sobre su hombro y ya no pude recordar qué me había causado la mala impresión aquel día en el bar de Altamirano.

–Huitranalhue te acompañará, pero debes obedecerlo.

–He aprendido durante estos días a seguir a buenos guías.

Nahuelfú sonrió y miró hacia un canelo cercano donde apareció el elfo apoyado en el tronco.

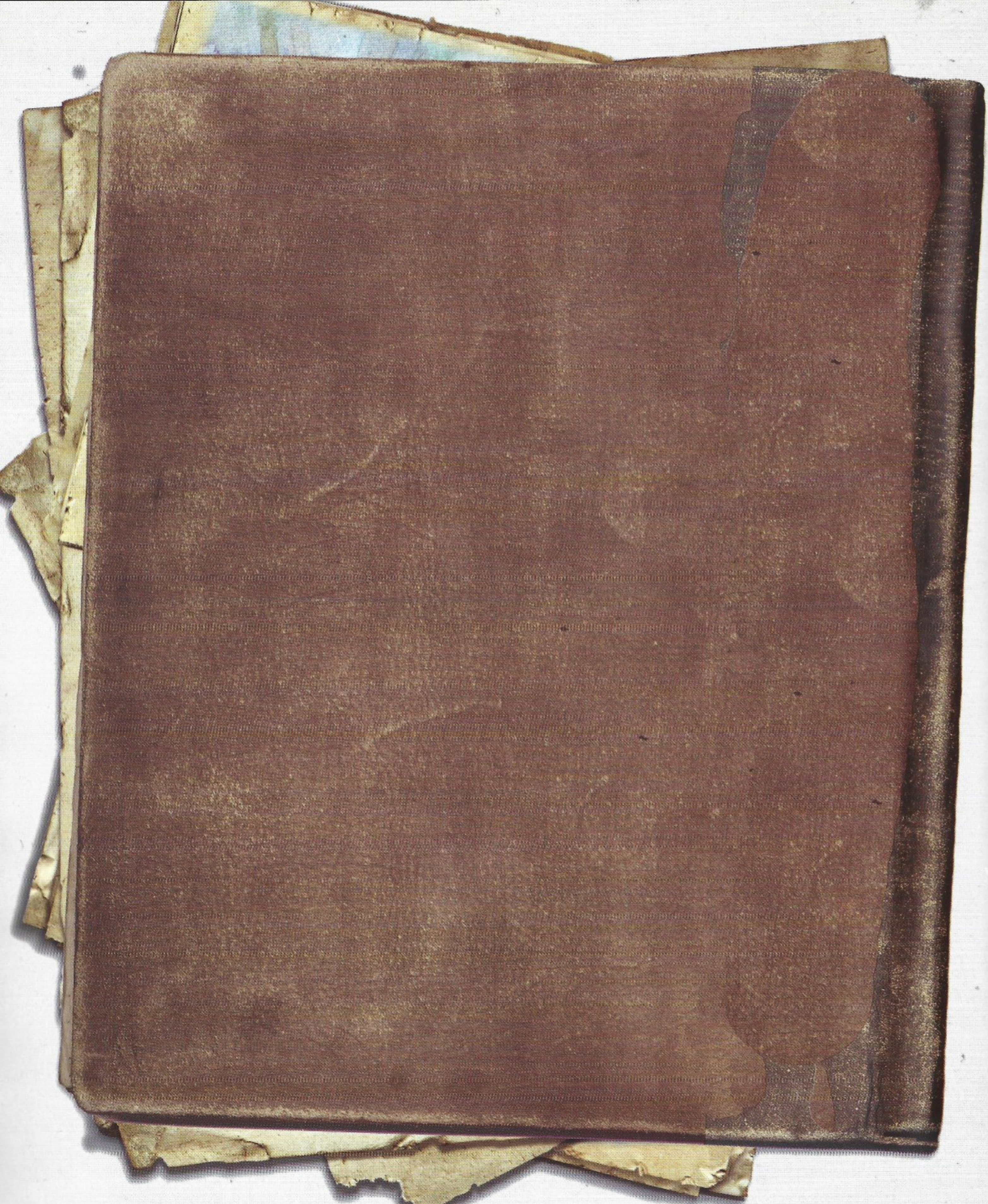
–Antes de que te vayas, tengo que pedirte algo. Escribiré unas líneas más en mi diario y luego me llevaré algunas hojas por si las necesito. Si no regreso, lleva este diario a La Plata, una ciudad fundada hace poco al sur de Buenos Aires y dáselo a Matilde Baró.

–Así será.

–Tienes media hora –dijo el elfo y se puso a cargar con Nahuelfú un par de mochilas tejidas.

Éstas pueden ser mis últimas palabras:

En nuestro afán de expansión, los humanos matamos hasta la hierba que damos de comer a los animales que nos sirven de sustento. Llegará el día en que los seres de la tierra no tendrán ni plantas ni animales que cuidar y la magia se habrá ido definitivamente de este mundo.



28 de febrero

El día es soleado y caluroso, las montañas tienen en sus laderas el amarillo del amancay y los pájaros danzan entre las corrientes cálidas. Creo que esperaba algo más tenebroso al cruzar las puertas del infierno.

Me cuesta mantener el pulso para escribir estas líneas. Huitranalhue me había advertido de la posibilidad de encontrar algún ivunche, pero no estaba preparado para lo que vi.

El ivunche

Después de dejar a Nahuelfú, Cerbero y el caballo, caminamos con Huitranalhue por la cañada profunda. Vi un par de hadas y algunos duendes ajenos a la maldad circundante. El bosque se hizo más espeso y los árboles más altos. En algunos tramos ni siquiera podía verse el cielo y cada vez se hizo más difícil saber si era de noche o de día.

Mientras Huitranalhue se adelantaba para saber qué tan vigilada estaba la entrada a la morada del señor del fuego, yo bebí de un arroyo de agua cristalina y tomé algunos apuntes de varias ondinas.

Habían pasado veinte minutos cuando lo vi...

Estaba parado del otro lado del arroyo y no parecía mirarme. En su figura era difícil distinguir las parte humanas que aún quedaban en él. Su cuerpo cubierto de pelo duro no ocultaba una pierna deforme que, descoyunturada, ascendía para unirse a la parte trasera de su cabeza. Sus brazos se habían acostumbrado a cargar el peso del cuerpo y parecía por momentos un extraño animal de tres patas.

Había escuchado relatos acerca de la manera en que las brujas y los brujos torturaban a estos niños robados para convertirlos en los guardianes de sus cuevas o de las salamancas.

Una de las leyendas cuenta que cosían todos los orificios naturales para darles un aspecto más aterrador, pero lo cierto es que sus ojos pequeños (tal vez operados) dejaban ver sólo las pupilas, y su nariz había sido seccionada para semejarse a la de un roedor, tal vez con la intención de permitirle percibir los olores de una manera diferente a los humanos normales. Las orejas estaban ocultas tras el cabello espeso y quizás no tuvieran los pabellones.

El ivunche apenas me dirigió una mirada directa, pero sus dientes limados como los de una piraña eran más que una amenaza.

Me habían advertido que la única manera de enfrentar al ivunche era dominar el miedo y no correr. La realidad es que mi temor era tal que no podía moverme. Cerré los ojos y esperé que se acercara y me oliera.

Después de lo que parecieron años, produjo un quejido que interpreté como una orden de que lo siguiera. Así lo hice por un sendero que ascendía la cascada, justo en la dirección opuesta por la que se había ido Huitranalhue.

La caverna estaba oscura y el calor del azufre me trajo de nuevo el recuerdo del elfo torturado. Me pregunté si aquel ivunche tendría alguna relación con los tormentos.

Todavía no sé por dónde apareció Huitranalhue, pero sentí cómo la espada siseaba en el aire mientras abatía al monstruoso cuidador de las puertas del volcán.

–Bien hecho –me dijo como si hubiéramos tenido un plan preestablecido. ¿Él lo tendría?

–¿Has leído sobre los orcos europeos?

–Sí, por supuesto.

–Bueno, aquí los llaman huecufes y son terribles si consiguen tocarte. Ahora tienes el poder del carbunclo, pero no resistirás el ataque de cientos de estas bestias. Toma esta espada y sígueme. Si llegan a enfrentarme, corre tan rápido como puedas hasta los fosos y saca a tantos elfos como puedas. Hacia el oeste hay una depresión que termina en un túnel. Escucharás el canto de los inulpamahuidas que lograron hacer un agujero y por allí subirán con sus ramas a los elfos. Vete con ellos y no te preocupes por mí.

Como una premonición, a los pocos metros, esas criaturas desagradabes bloquearon nuestro camino. Huitranalhue volvió a demostrar su maestría y las contuvo para que pudiera escabullirme. Tras ir y venir por pasillos asfixiantes y oscuros llegué a la sala de los fosos, vigilada por un par de ivunches.

Tomé de una pared un hacha y una espada élfica, y saqué al primer elfo de uno de los pozos. La madre de Nahuelfú me había preparado una pócima con raspadura del cuerno del camahueto y le di de beber un poco. Deli-

rando de energía, y apenas blandiendo la espada, el elfo arremetió contra los carceleros como su hermano lo hacía con los guardias. Yo saqué al resto, incluido el amigo de mi padre, quien había recuperado parte de sus ganas de vivir desde nuestro encuentro.

—¿Has bajado del barco por mí?

—No soy aquel que conoces, soy su hijo.

—¿Ha enviado a su hijo para salvarme?

—Así es —respondí. No podía contarle la verdad.

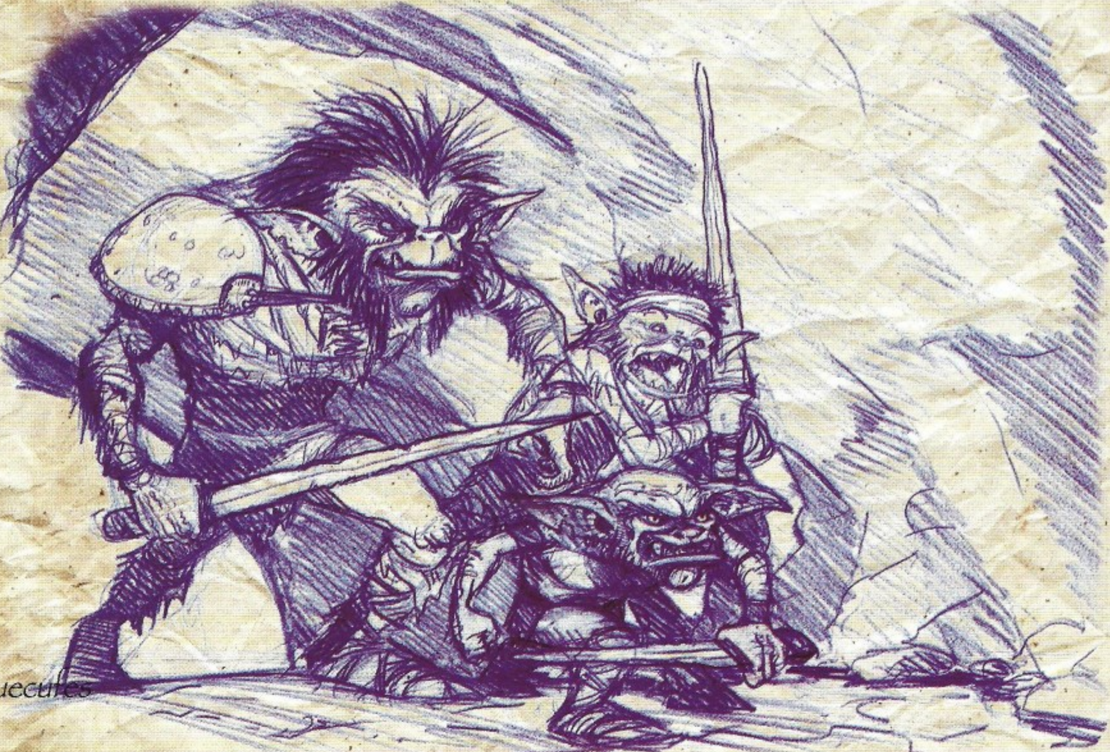
Los siete elfos corrían con dificultad pero energizados por el elixir, y cuando un puñado de huecufes salió a nuestro encuentro, entendí por qué las leyendas ponderaban el manejo que tenían estos seres de las armas blancas.

Conseguí vencer a dos huecufes, pero hubiera muerto salvo por la aparición providencial de Huitranalhue, apenas rasguñado en un brazo.

—Vamos, el hueñauca todavía no sabe de nuestra presencia.

Corrimos hasta un pasillo angosto iluminado extrañamente por el sol.

Allí nos esperaban los troncos vivos con sus ramas extendidas para izar a los elfos. Huitranalhue y yo vigilábamos los pasillos.



Huecufes

La sala apenas era visible desde allí, pero el golpe del agua podía oírse claramente. Me acerqué unos pasos como si el canto de las sirenas me llamara y descubrí que en una pared colgaba un charco como si fuera un espejo, y en él se reflejaba la costa, el mar y un barco.

—¡Vamos! Sólo quedamos nosotros —dijo Huitranalhue mientras era izado por las ramas de los inulpamahuidas.

—Ese barco parece de tu raza.

—Es el caleuche, pero no es momento. Te lo explicaré cuando estemos afuera —su voz se alejaba centímetro a centímetro y los ruidos del túnel advertían que pronto tendríamos compañía.

Al acercarme vi un rostro humano. Y cuanto más me concentraba más se acercaba la imagen de aquel hombre con barba blanca y traje francés. Una lágrima brotó por mi mejilla.

—¡Vamos, Villiers! —gritó Huitranalhue detrás del ruido de armaduras huecufes.

—Huitranalhue, dile a Nahuelfú que a partir de aquí seguiré solo. Gracias.

—¡Villiers! —su voz terminó en un susurro.

Como si a él se dirigieran, el hombre del barco miró hacia donde venía el sonido y sus ojos se cruzaron con los míos.

—¿Hijo?

Mis palabras habían desaparecido. Mi garganta estaba atorada. Nunca había imaginado que volvería a escuchar su voz.

Estiré mi mano y él hizo lo mismo con la suya. Nuestras yemas se rozaron y por primera vez el rostro frío de mi padre se iluminó con una sonrisa.

Casi nos estrechamos las manos, pero los huecufes me arrastraron con fuerza.

—He rezado todo este tiempo para que no me hicieras caso y que siguieras tu instinto... —dijo con la vista perdida en el vacío, como si una niebla

nos separara, una espesa niebla que le impedía ver cómo los esbirros del hueñauca me pegaban–, ...y al final has decidido encontrarme.

Luego todo se oscureció cuando un dolor seco se apoderó de mi nuca.

Cuando desperté, la oscuridad no se había ido, pero poco a poco fue cobrando formas que se retorcían o se arrastraban en una penumbra rojiza, saturada de humedad caliente.

No estaba en un pozo como en el que había visto a aquel elfo amigo de mi padre. Me habían encerrado en una celda con puerta de madera y barrotes de hierro, rodeada por las paredes rocosas del volcán.

El calor evaporaba la humedad en volutas amarillentas, teñidas de azufre por las grietas abiertas del interior de la tierra. Me costó ponerme de pie y mucho más mantenerme parado. Los incontables golpes me habían dejado demasiados moretones y los músculos endurecidos... y por lo que dictaba mi estómago, había pasado mucho tiempo sin comer.

–Debe tener hambre –dijo una voz aguda a mi espalda. Cuando logré fijar la vista en el pequeño ser peludo, creí que se trataba de una rata–. Las hadas me dijeron que podía comerme su comida...

El plato de madera toscamente tallado apenas dejaba ver los restos de algo parecido a un puré amarillento.

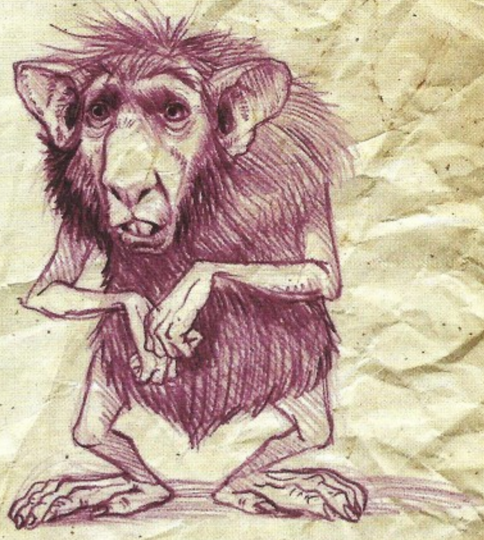
–Trajeron un poco ayer, y hoy a la mañana... Pensé que ya no seguiría vivo así que me lo comí... Estoy cansado de las raíces, pero a usted le agradarán.

Aquel extraño ratón de casi un metro de alto trajo unas tortuosas formas blancuzcas desde el fondo de la celda y me las ofreció.

–La comida que sirven los huecufes está engualichada. Así lo manda el hueñauca para que no den problemas los prisioneros, y aunque a mí no me afecta, a usted sí. Coma las raíces, son buenas.

–¿Quién eres? ¿A que raza perteneces? –le pregunté mientras comía.

–Soy un carcancho enano –dijo lamiendo el plato.



Los carcanchos

Estos seres viven en las montañas o en los pastizales y se alimenta de tubérculos. En las altas cumbres llegan a medir casi dos metros y menos de un metro en las cuevas subterráneas. Si bien no son seres gregarios, buscan la compañía de otros elementales, lo que a veces los mete en problemas.

—¿Qué otros seres hay aquí?

—Los prisioneros son variados. Había muchos elfos, pero escaparon cuando usted llegó. También hay algún chuviño, un par de huallipeñ, unos anchimalén y cuatro hadas, aunque ellas no son prisioneras, y yo no confiaría mucho en ellas.

—Y además de los huecues, ¿el hueñauca tiene otros sirvientes?

—Sí... allí, cerca de la entrada están los añumín. Aquellos, los bajitos gritones. ¿Los ve? Son peligrosos porque saben cómo volver sus cuerpos piedra y así nadie puede verlos. Les gusta maltratar a los prisioneros que se quejan, les pegan con sus garrotes o les muerden los tobillos. También están los sechus, que rodean al hueñauca en sus rondas matutinas.

Los añumín

Por lo general, se le da este nombre a cualquier espíritu dañino, pero en realidad los añumín son seres olorosos, bajos pero muy fibrosos y de enorme fuerza. Son perversos y astutos, lo que los hace más terribles que los huecufes. Su única debilidad son las canciones. Algunos caen presos de una ensoñación que los hace fáciles de manipular. Pueden mimetizarse con asombrosa facilidad, pero sus sombras los delatan.

Los sechus

Son seres despreciables de los cuales jamás hay que confiarse. Les gusta hacer bromas pesadas, sobre todo aquellas que causan dolor y humillación. Dicen las leyendas que poseen un tesoro más grande que el de los gnomos.

Han pasado varios días. No puedo definir cuántos, porque desde la huida de los elfos, el hueñauca baja varias veces por día para hacer las inspecciones de rutina y no hay otra manera de medir el tiempo. No le importa mi presencia y no me relaciona con el ataque, lo que me permite mantenerme fuera de peligro y de sus macabras diversiones.

El carcancho se ha vuelto una compañía agradable. Le gusta contar historias tanto como escucharlas por lo que he pasado momentos casi agradables. Pero aún así, antes de que el sueño se apodere de mí, pienso en el extraño momento que me regaló el destino, ese instante en que volví a ver a mi padre y escuchar su voz. Y el tesoro de sus palabras no podría equipararse con todo el oro de los sechus.

Eso me ha dado la fuerza necesaria para resistir el agobio del encierro y ha mantenido mi cerebro alerta estudiando cada milímetro de esta prisión, para encontrar una grieta mínima por la cual escaparme. Y si bien las hadas que sobrevuelan las mazmorras no son ni siquiera un pálido reflejo de aquellas con las que me he cruzado, su curiosidad por mis dibujos me permitirá aprender un par de cosas… y prepararme para darle al hueñauca una sorpresa que jamás olvidará.

Atte Sr. Leonardo Batic

Muy señor mío

Si ha llegado a leer esta parte de mi diario, seguramente se preguntará cómo
puedo saber su nombre y apellido en el año 1889 cuando aún su abuelo no ha
nacido.

Como sabrá ver, estas tierras no sólo me han dado la facultad de ver a los
seres de la tierra e interactuar con ellos. Para los elementales, el tiempo es sólo
una limitación y durante mi forzado cautiverio en este oscuro lugar he tenido
tiempo suficiente para abrir mi mente, aprender de los seres que se atreven a
atravesar las barreras del hueñauca y dominar algunas técnicas antiguas que
los hombre consideraríamos pura magia.

El señor del volcán pocas veces baja a las mazmorras. No le da importancia
a sus prisioneros, aunque los cuenta diariamente y recuerda a los huecufes que
nos alimenten. Nadie podría darse cuenta si está usted o yo en la celda, siempre
y cuando vean allí a un humano. Su error es suponer que nadie puede escapar
de sus dominios.

A diferencia de las hadas, las sirenas y los elfos, el hueñauca no lee el futu-
ro, para él todo es presente y no sabe que su reino no existe en el futuro. Y esa
es mi única manera de salir de aquí: escaparme a un tiempo donde él no me en-
cuentre. Sin embargo, para crear un desarreglo tan grande en la fluidez del
tiempo que me permita ir hacia el futuro, necesito balancear mi ausencia con
alguien que ocupe mi lugar, así como es indispensable que exista un "agujero"
en el espacio al que voy para que el desbalance no cree un caos en las energías
de la tierra.

Se preguntará cómo lo haré. He aprendido con los elementales que los dibu-
jos tienen una fuerza mayor a la que el hombre común le da. Un simple trazo
creativo mueve las energías sutiles que entrelazan a todos los seres vivientes.
De esta manera, si uno piensa en alguien y lo dibuja, atrae un fragmento de su
esencia, de su fluido vital. Aquel que conozca el lenguaje correcto podría inclu-
so mover a una persona y transportarla donde uno desea.

Y usted, mi infortunado amigo, es mi única opción. Cree en los seres de la
tierra, respeta la vida de sus semejantes y el arte forma parte de su vida. Estos
elementos facilitaron mi tarea de seguir su energía y enfocarme en ella.
El diario me ayudó a ponerlo en mi frecuencia y el resto fue encontrar los
trazos exactos que sé que lo traerán a usted donde yo me encuentro. Y la runa
que precede a esta carta es el pasaje a mi libertad, y su boleto al pasado.
Pero no se alarme, descubrí que el hueñauca es básico en su pensamiento.
Extrajo los poderes de los elfos para que no escaparan, pero no lo hizo conmigo
porque no puede entender que un hombre blanco domine las fuerzas de la tierra.
Me ha visto practicar con la luz etérica para hacer menos lúgubre este lugar y
espantó a las hadas antes de admitir que era yo el generador. Mi consejo es que
se haga pasar por mí y, si sospechan de su aspecto, diga que un chuviño entró y
se entretuvo deformando sus rasgos. Eso le dará tiempo suficiente para esperar-
me o escapar.

Debe recordar que el hueñauca no usó su poder de restricción con usted sino
conmigo. Si escapa, no lo rastreará. Sin embargo, su vida corre peligro porque
no fue usted quien le dio de comer al chivo de la mano, si no yo, y si se descu-
bre la farsa o si lo atrapan escapando, se convertirá en su cena.
Le prometo que intentaré regresar cuanto antes, no sólo por usted sino por-
que debo continuar la búsqueda de mi padre.
Sé que me odiará, pero le aseguro que el tiempo lo aydará a comprender.
Le agradezco su paciencia y espero que no olvide todo lo que leyó en este
diario.

Su servidor,

Evaristo Villiers

From: leobatic@duendesdelsur.com
To: Editorial Albatros
Sent: Thursday, September 25th, 2003 7:55 AM
Subject: AUSENCIA

María Eugenia:

No tengo mucho tiempo de explicarte lo que está sucediendo, y tampoco tengo mucho en claro. Si mis temores son ciertos, cuando llegues a buscar los libros te encontrarás con un hombre de principios de siglo que ha ocupado mi lugar. Tratalo con cordialidad y buscá la manera de no perderlo de vista. Es probable que sólo él sepa cómo sacarme del problema en que me he metido.

Las fotos del libro están en mi cámara, cerca del espejo. Publicá el material tal cual está quizás así consiga liberarme de este maleficio. Si no me creés en la situación en la que me encuentro, lo harás cuando reveles la última foto.

CONFIÁ EN MÍ Y NO LEAS EL DIARIO HASTA SU PUBLICACIÓN. Yo me hago cargo de las consecuencias.

Intermitentemente, la computadora se desvanece y veo otro mundo, como si estuviera atravesando otra dimensión.

Aclará en el libro que encontré más evidencias de la existencia de las hadas de lo que podía imaginar. ¡En este momento tengo frente a mí a tres hadas! ¡¡¡¡SON BELLÍSIMAS!!!!

Mis dedos han atravesado varias veces el teclado y pronto ya no estaré en esta dimensión. Lo que más lamento es que tendré un mundo de seres mágicos a mi alrededor y yo estaré encerrado dentro de un volcán esperando que aparezca una cabra para devorarme.

Sé que no entendés mucho, pero lo harás cuando leas este libro.

Encarcelado en el pasado…

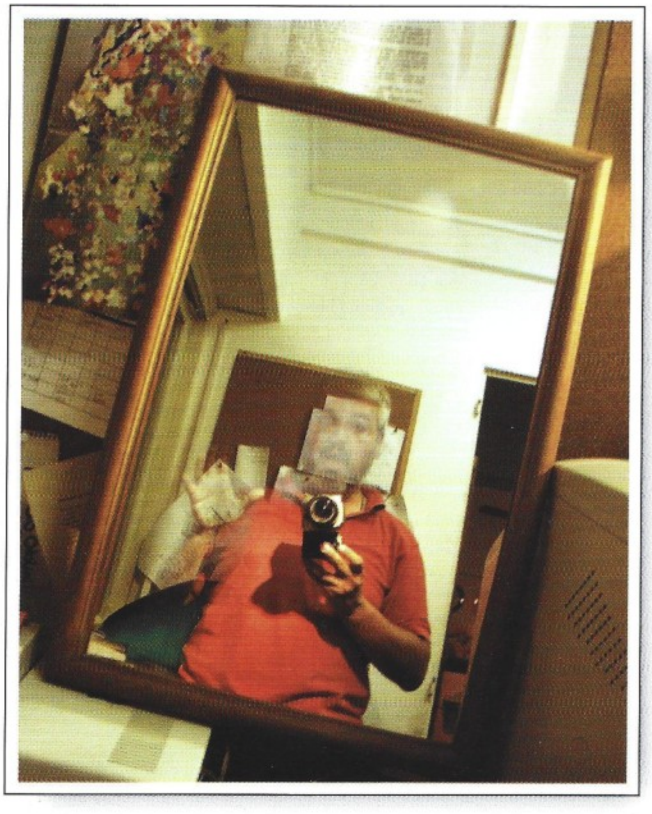
Leo

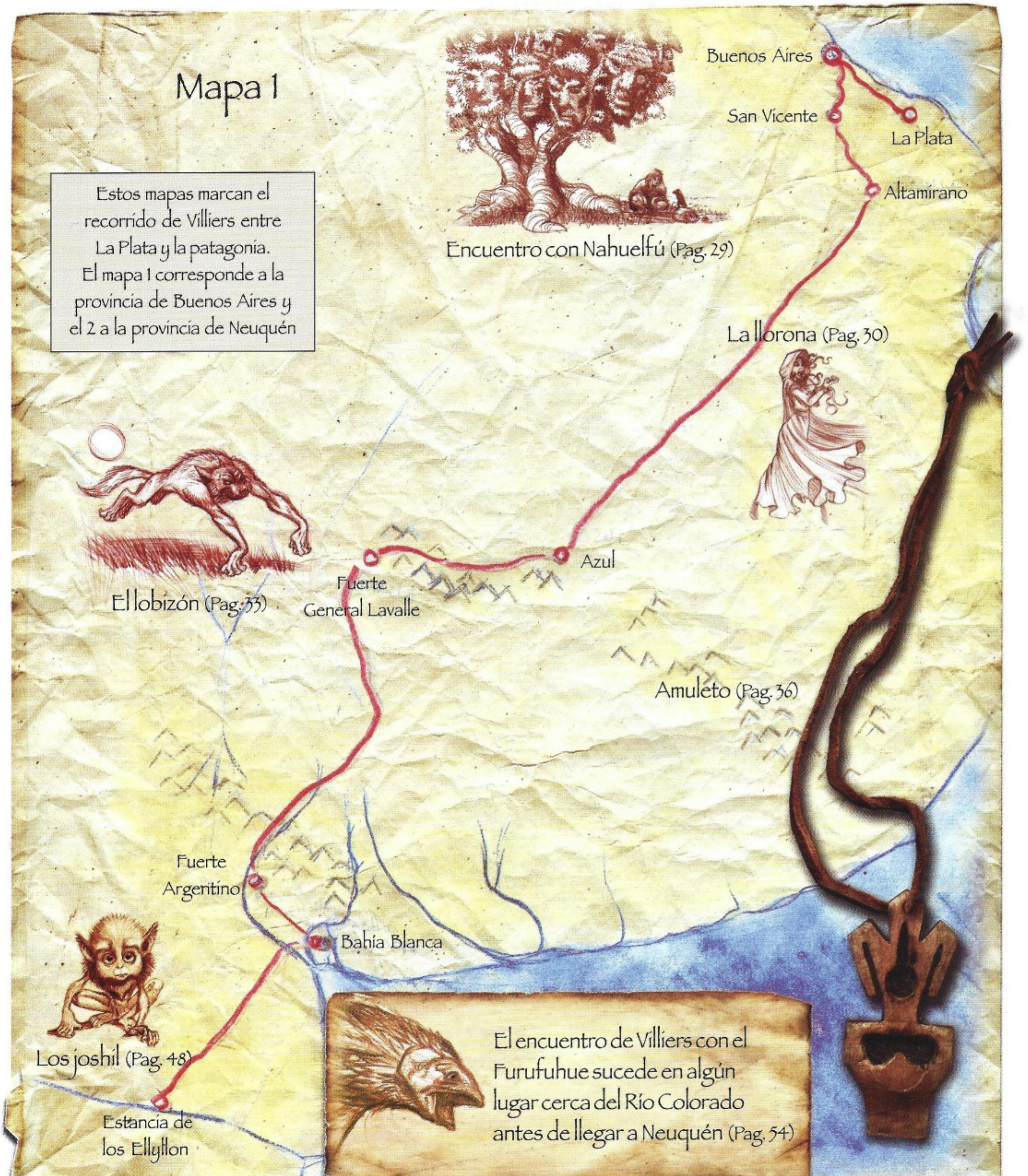
Nota de la editora

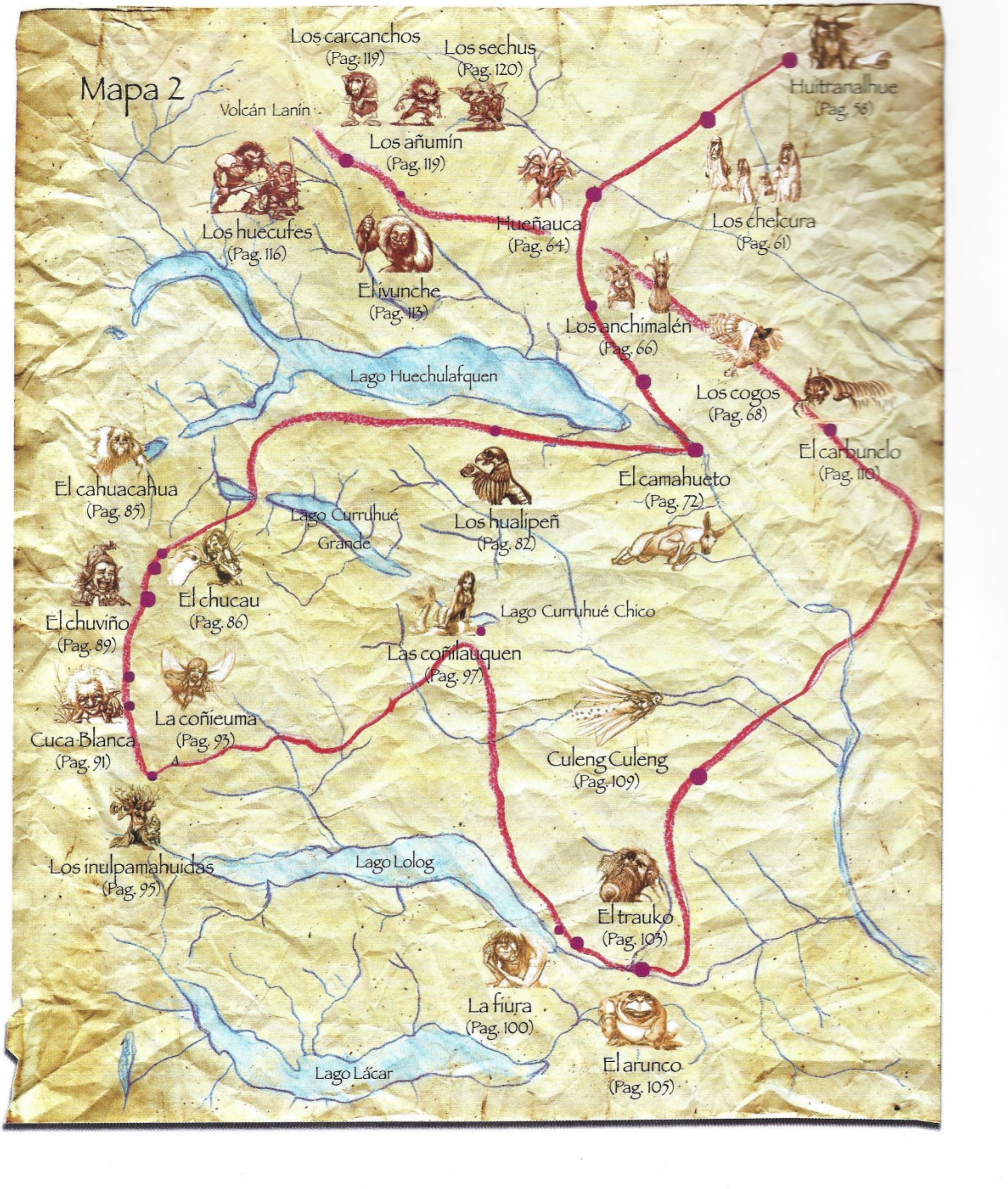
No soy afecta a escribir notas en los libros que edito, pero en esta oportunidad es indispensable ya que Leonardo Batic dejó dicho que no deseaba que ningún corrector ni yo leyera el texto antes de ser impreso. Intenté comunicarme con él antes de la salida de este libro, pero un amable hombre con cierto acento francés insistió con la historia de que un viaje a la Patagonia le impedía estar presente para la salida de este libro.

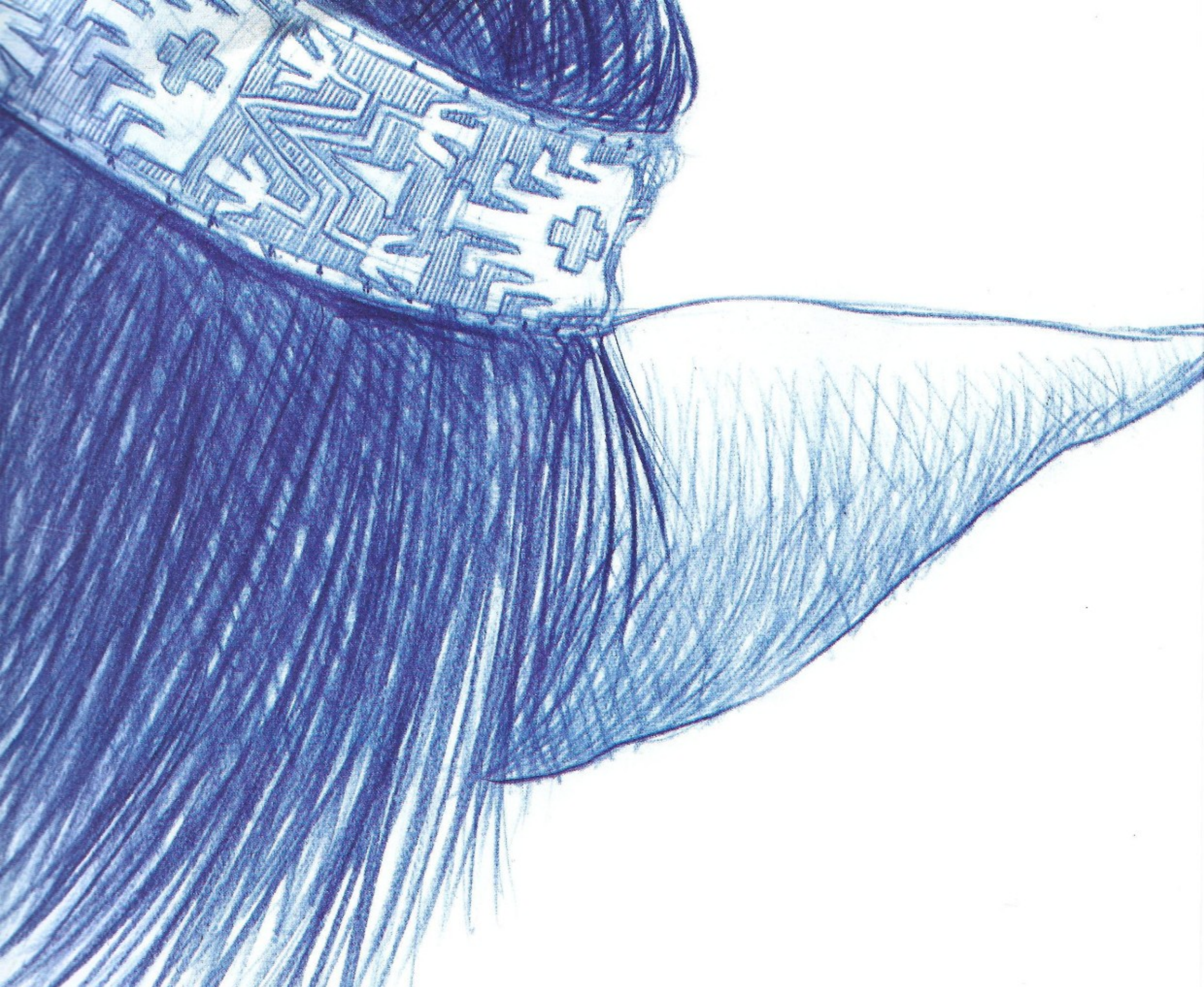
La última foto me ha dejado trastornada, pero puede ser algún truco de Leonardo para que lo dejemos en paz después de tanto tiempo invertido en este libro. Aunque ayer me avisaron que en la recepción había un paquete enviado por Leonardo y en él estaba el manuscrito original y dos diarios más.

Créase o no, necesito un tiempo para juntar el coraje suficiente para abrir el segundo libro.




Mapa 1
Estos mapas marcan el recorrido de Villiers entre La Plata y la patagonia. El mapa 1 corresponde a la provincia de Buenos Aires y el 2 a la provincia de Neuquén
Buenos Aires
San Vicente
La Plata
Altamirano
Encuentro con Nahuelfú (Pag. 29)
La llorona (Pag. 30)
Azul
Fuerte General Lavalle
El lobizón (Pag. 33)
Amuleto (Pag. 36)
Fuerte Argentino
Bahía Blanca
Los joshil (Pag. 48)
Estancia de los Ellyllon
El encuentro de Villiers con el Furufuhue sucede en algún lugar cerca del Río Colorado antes de llegar a Neuquén (Pag. 54)


Mapa 2
Los carcanchos
(Pag. 119)
Los sechus
(Pag. 120)
Huitranalhue
(Pag. 56)
Volcán Lanín
Los añumín
(Pag. 119)
Los huecufes
(Pag. 116)
Hueñauca
(Pag. 64)
Los chelcura
(Pag. 61)
El ivunche
(Pag. 113)
Los anchimalén
(Pag. 66)
Lago Huechulafquen
Los cogos
(Pag. 68)
El carbunclo
(Pag. 110)
El camahueto
(Pag. 72)
El cahuacahua
(Pag. 85)
Lago Curruhué
Grande
Los hualipeñ
(Pag. 82)
El chucau
(Pag. 86)
El chuviño
(Pag. 89)
Lago Curruhué Chico
Las coñilauquen
(Pag. 97)
La coñieuma
(Pag. 93)
Cuca Blanca
(Pag. 91)
Culeng Culeng
(Pag. 109)
Los inulpamahuidas
(Pag. 95)
Lago Lolog
El trauko
(Pag. 103)
La fiura
(Pag. 100)
El arunco
(Pag. 105)
Lago Lácar



Franc Villiers, un renombrado investigador francés de seres sobrenaturales, ha desaparecido en las costas galesas cuando un grupo de barcos élficos se dirigía al poniente.

Evaristo, su hijo, parte rumbo a la Patagonia siguiendo su rastro y descubrirá un universo mitológico tan vasto como el europeo. Allí conoce a Nahuelfú, un nativo del lugar que lo ayudará a cumplir cuatro misiones que le permitirán descubrir el secreto de la desaparición de su padre y que lo pondrán en contacto con los seres sobrenaturales de la Argentina.

El primer diario de Villiers describe con historias e ilustraciones un viaje lleno de peligros y aventuras, donde las hadas, duendes y sirenas del sur de nuestro país ayudan al protagonista a encontrar su identidad.

Ideal para grandes y niños, esta saga de tres libros nos llevará en un viaje antiguo y misterioso por el corazón de la mitología de nuestro país.

Títulos:

- Diario Primero: Patagonia
- Diario Segundo: Noroeste
- Diario Tercero: Litoral

COD. 1066/1
ISBN 950-24-1066-1